Patrick Modiano

Tres desconocidas

Tres desconocidas. Tres personajes femeninos. Tres voces. Tres historias. Tres chicas que dejan atrás la adolescencia para adentrarse en las incertidumbres y pesares de la vida adulta. El premio Nobel francés relata tres viajes iniciáticos, tres recorridos vacilantes. Y el resultado, una vez más, es una pieza de orfebrería literaria, absorbente y deslumbrante, llena de matices, ecos y misterios.

Patrick Modiano

Tres desconocidas

ePub r1.0
mandius 29.07.16

Título original: *Des inconnues*
Patrick Modiano, 1999
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

I

Aquel año, el otoño llegó antes que de costumbre, con lluvia, hojas secas, la niebla en los muelles del Saona. Yo vivía aún en casa de mis padres, en el arranque de la colina de Fourvière. Tenía que encontrar trabajo. En enero, me cogieron por seis meses como mecanógrafa en la Sociedad de Rayón y Sedas, en la plaza de Croix-Paquet, y no me había gastado el sueldo. Me fui de vacaciones al sur de España, a Torremolinos. Tenía dieciocho años y era la primera vez que salía de Francia.

En la playa de Torremolinos conocí a una mujer, una francesa, que llevaba varios años viviendo allí con su marido y se llamaba Mireille Maximoff. Una morena muy guapa. Su marido y ella regentaban un hotelito donde había cogido yo una habitación. Me explicó que iba a pasar una temporada larga en París el otoño siguiente y que se alojaría en casa de unos amigos cuya dirección me dio. Le prometí que iría a verla en París si se me presentaba la ocasión.

A la vuelta, Lyon me pareció muy sombrío. Muy cerca de donde vivía yo, a la derecha, en la cuesta de Saint-Barthélemy, estaba el internado de los Padres Paúles. Unos edificios construidos en la ladera de la colina y cuyas fachadas lúgubres dominaban la calle. El portalón estaba excavado en una tapia alta. Para mí Lyon en aquel mes de septiembre es la tapia de los Padres Paúles. Una tapia negra donde se posaban a veces los rayos del sol de otoño. El internado parecía abandonado entonces. Pero bajo la lluvia, la tapia era la de una cárcel y me daba la impresión de que me bloqueaba el porvenir.

Me enteré por una clienta de la tienda de mis padres de que una casa de modas andaba buscando maniquíes. Según decía, pagaban ochocientos francos mensuales, doscientos más que la Sociedad de Rayón y Sedas. Me dio las señas y decidí presentarme. Por teléfono, una mujer me dijo con voz autoritaria que fuera un día de la siguiente semana a media tarde al número 4 de la calle de Grolée.

En los días sucesivos acabé por convencerme de que esa profesión de maniquí era la mía, aunque nunca había pensado en ella anteriormente. Así a lo mejor tenía un buen motivo para irme de Lyon a París. Según se acercaba la hora de la cita estaba cada vez más ansiosa. Me iba a jugar la vida a cara o cruz. Me decía que, si no me cogían, no se me volvería a presentar una ocasión como aquélla. ¿Tenía una pequeña posibilidad? ¿Qué debía ponerme para el examen? No tenía dónde elegir. La única ropa presentable con que contaba consistía en una falda gris y una blusa camisera blanca. Me compré unos zapatos azul marino de medio tacón.

La víspera por la noche, en mi cuarto, me puse la blusa camisera blanca, la falda gris, los zapatos azul marino y allí estaba, de pie y quieta delante de la luna del armario, preguntándome si esa chica era yo. La pregunta me hizo sonreír, pero la sonrisa se me congeló al pensar que al día siguiente se decidía mi vida.

Me daba miedo llegar tarde a la cita y salí de casa con una hora de adelanto. En la plaza de Bellecour llovía y busqué refugio en el vestíbulo del Hotel Royal. No quería presentarme en la casa de modas con el pelo mojado. Le conté al conserje del hotel que era una clienta y me prestó un paraguas. En el número 4 de la calle de Grolée me hicieron esperar en una estancia con paneles de madera gris en las paredes y con las puertas acristaladas de los balcones protegidas con cortinas de seda del mismo color. Había una hilera de sillas contra la pared, unas sillas de madera dorada tapizadas de terciopelo rojo. Al cabo de media hora me dije que se habían olvidado de mí.

Me había sentado en una de las sillas y oía caer la lluvia. De la araña caía una luz blanca. Me preguntaba si debía seguir allí.

Entró un hombre de unos cincuenta años con el pelo moreno peinado hacia atrás, bigotito y ojos de gavilán. Vestía un traje azul marino y calzaba unos zapatos oscuros de ante. A veces, en mis sueños, abre la puerta y entra con el pelo igual de negro treinta años después.

Me rogó que no me levantase y se sentó a mi lado. Con voz seca me preguntó la edad. ¿Había trabajado

ya de maniquí? No. Me pidió que me quitase los zapatos y caminase hacia las ventanas y volviera luego hacia él. Caminé y me sentí muy incómoda. Se había inclinado en la silla con la barbilla en la palma de la mano y expresión preocupada. Después de ese trayecto de ida y vuelta, me había quedado de pie delante de él, sin que me dijera nada. Por hacer algo, no apartaba la vista de mis zapatos, que se habían quedado al pie de la silla vacía.

—Siéntese —me dijo.

Volví a mi sitio, a su lado, en la silla. No sabía si podía volver a ponerme los zapatos.

—¿Es su color natural? —me preguntó señalándome el pelo.

Le contesté que sí.

—Me gustaría verla de perfil.

Volví la cabeza hacia las ventanas.

—Tiene un perfil bastante bonito…

Me lo dijo como si me anunciase una mala noticia.

—Los perfiles bonitos escasean tanto…

Parecía exasperarlo que no hubiera bastantes perfiles bonitos en el mundo. Me clavaba los ojos de gavilán.

—Estaría muy bien para hacerle fotos, pero no corresponde usted a lo que anda buscando el señor Pierre.

Me puse rígida. ¿Me quedaba aún una pequeña posibilidad? A lo mejor le pedía opinión a ese señor Pierre que era seguramente el dueño. ¿Qué buscaba exactamente? Estaba completamente decidida a encajar con todo lo que quisiera el señor Pierre.

—Lo siento… No podemos contratarla.

Ya estaba dictada la sentencia. No me quedaban fuerzas para decir nada más. El tono seco y cortés de aquel hombre me daba a entender a la perfección que ni siquiera era digna de que se le pidiera la opinión al señor Pierre.

Me volví a poner los zapatos. Me puse de pie. Me estrechó la mano en silencio y me llevó hasta la puerta, que abrió en persona para dejarme pasar. Ya en la calle, me di cuenta de que me había dejado olvidado el paraguas, pero ya no tenía ninguna importancia. Crucé el puente. Fui andando por el muelle, siguiendo el curso del Saona. Me encontré luego, cerca de mi casa, en la cuesta de Saint-Barthélemy, delante de la tapia de los Padres Paúles, como tantas veces en mis sueños de los años siguientes. No se me habría podido diferenciar de esa tapia. Me cubría con su sombra y yo tomaba su mismo color. Y nadie me iba a arrancar nunca de esa sombra. Por contraste, el salón de la calle de Grolée, donde me habían hecho esperar, estaba sumergido en la luz de la araña, una luz cruda. El individuo del traje azul y los zapatos de ante salía de la habitación andando hacia atrás una y otra vez. Parecía una película antigua proyectada del revés.

Siempre el mismo sueño. Al cabo de unos años, la tapia de los Padres Paúles era menos oscura y, algunas noches, un rayo de sol poniente la iluminaba. En el salón de la calle de Grolée la araña difundía una luz suave. El traje azul del hombre con ojos de gavilán parecía muy pálido, muy desteñido. También la cara le había palidecido, tenía la piel casi transparente. Sólo el pelo seguía siendo negro. Se le había cascado la voz. Ya no era él quien hablaba, sino un disco que giraba. Las mismas palabras se repetían para toda la eternidad: «su color natural… Póngase de perfil… No corresponde a lo que anda buscando el señor Pierre», y ya habían perdido su sentido. Siempre, al despertarme, me asombraba que aquel episodio cada vez más remoto de mi vida me hubiera decepcionado tanto y me hubiese hecho tan desdichada. Pensé incluso, al cruzar por el puente aquella tarde, en tirarme al Saona. Por tan poca cosa.

Ni siquiera me quedaba ya valor para volver a casa y ver otra vez a mis padres y el armario de luna de mi cuarto. Bajé las escaleras hacia la ciudad vieja como si huyera. Otra vez iba andando por el muelle, a orillas del Saona. Entré en un café. Seguía llevando encima el trozo de papel donde Mireille Maximoff había escrito las señas y el número de teléfono de sus amigos de París. Los timbrazos sonaban, uno tras otro, sin que nadie contestase; y, de pronto, oí una voz de mujer. Me quedé callada. Luego, pese a todo, conseguí decir: «¿Podría hablar con Mireille Maximoff?», con una voz inexpresiva que allá, en París, no debía de ser nada habitual. Había salido, pero volvería algo más tarde, durante la velada.

Al día siguiente cogí un tren nocturno en la estación de Perrache. El compartimento estaba sumido en la oscuridad. Unas sombras dormían en el asiento corrido, al fondo del todo. Me senté cerca del pasillo. El tren seguía parado en el andén y me preguntaba si de verdad me dejarían irme. Me daba la impresión de estar escapándome. El vagón arrancó, vi desaparecer el Saona y noté que me quitaba un peso de encima. Creo que esa noche no dormí, o si lo hice fue en un duermevela cuando el tren se detuvo, sin saber por qué, en

un andén desierto en Dijon. Entre el resplandor azul de la luz de penumbra pensaba en Mireille Maximoff. Ni un día sin sol allá, en la playa de Torremolinos. Me había dicho que a mi edad vivía en una ciudad pequeña de las Landas cuyo nombre he olvidado. La víspera del examen final de bachillerato, se acostó muy tarde y el despertador no sonó. Durmió hasta las doce de la mañana en vez de examinarse. Más adelante, conoció a Eddy Maximoff, su marido. Era un hombre alto de muy buena presencia, de origen ruso, a quien llamaban «el Cónsul», y que tenía la costumbre de beber una mezcla de CocaCola y ron. Quería servírmela a la hora del aperitivo, pero yo siempre le decía que prefería la
Coca-Cola
sin más. Hablaba francés sin acento. Había vivido en París, y se me había olvidado preguntarle a Mireille Maximoff por qué azar habían acabado en España.

Llegué muy temprano. En la estación de Lyon todavía era de noche. Por lo demás, en los primeros tiempos que pasé en París me parece que era siempre de noche. Sólo llevaba una bolsa de viaje que no pesaba. La mañana en que llegué, estaba sentada en un café de la plaza de Le Trocadéro con Mireille Maximoff. Había esperado en el bar de la estación a que fueran las diez para telefonearla. Tardó en entender desde dónde la llamaba. Llegué la primera al café. Temía que se comportase de forma distante cuando le confesara que no sabía dónde vivir. Se me acercó con la misma sonrisa que si fuera a reunirse conmigo en la playa. Hubiérase dicho que nos habíamos separado la víspera. Parecía contenta de verme y me preguntaba cosas. Se lo conté todo: la cita en la casa de modas, la voz seca del individuo con ojos de gavilán que seguía oyendo aún la noche anterior, pasado Dijon, en mi duermevela: «¿Es su color natural? Póngase de perfil…»

Y allí, delante de ella, me deshice en lágrimas. Me puso la mano en el hombro y me dijo que todo eso no tenía importancia. Era como el examen aquel que se había perdido a los diecisiete años porque aquella mañana no había sonado el despertador. Le parecía bien que me quedase en el piso de sus amigos.

Cruzamos la plaza, y la verdad es que mi bolsa de viaje no pesaba. Llovía como en Lyon, pero me parecía que la lluvia tampoco pesaba. Era al final de la calle Vineuse. Los primeros días llevaba encima el papel con las señas y el número de teléfono, por si me perdía en París. Un piso de paredes claras. En el salón apenas había muebles. Abrió la puerta de una habitacioncita, una de cuyas paredes estaba cubierta de estanterías de libros. Enfrente, un sofá de terciopelo gris. No había armario de luna. La ventana daba a un patio. Quería ir a buscar sábanas, pero le dije que de momento no merecía la pena. Echó las cortinas. Yo había dejado la bolsa de viaje junto al canapé, sin abrirla. Me quedé dormida enseguida. Oía caer la lluvia en el patio y me acunaba. Me despertaba de vez en cuando y siempre volvía a deslizarme suavemente en el sueño. Iba otra vez por la cuesta de SaintBarthélemy y, a la derecha, me dejaba asombrada que hubiera desaparecido la tapia de los Padres Paúles. No quedaba ya sino una brecha que daba a la plaza de Le Trocadéro. Llovía, pero el cielo estaba muy claro, azul pálido. Los días siguientes, Mireille Maximoff me llevaba consigo por París. Cruzábamos el Sena e íbamos a Saint-Germain-des-Prés. Quedaba con amigos en Le Nuage, en La Malène. Yo me sentaba con ellos y no me atrevía a abrir la boca. Los escuchaba. A veces, ella volvía al piso a eso de las siete de la tarde y yo me pasaba la tarde sola. Iba andando hasta el bosque de Boulogne. Hacía sol muchas veces. Caía una lluvia fina y yo tardaba en darme cuenta. El sol otra vez en las frondas rojizas de los árboles y en los paseos de Le Pré Catelan, que olían a tierra mojada. A la vuelta, ya era de noche. Se adueñaba de mí una intranquilidad inconcreta cuando pensaba en el porvenir. Me parecía de lo más cerrado, como si aún estuviera delante de la tapia de los Padres Paúles. Ahuyentaba las ideas negras. En esta ciudad, podía uno encontrarse con gente. Por la avenida que iba del bosque de Boulogne a Le Trocadéro, yo alzaba la cabeza hacia las ventanas encendidas. Todas y cada una me parecían una promesa, una señal de que todo era posible. Pese a las hojas secas y la lluvia, había electricidad en el aire. Un otoño raro. Está cerrado sobre sí mismo y separado para siempre del resto de mi vida. Donde estoy ahora, no hay otoño. Un puertecito del Mediterráneo donde, para mí, se ha detenido el tiempo. Sol todos los días, hasta que me muera. Las pocas veces que regresé a París en los años siguientes, me costaba creer que era la ciudad donde había pasado aquel otoño. Todo era entonces más violento, más misterioso, las calles, los rostros, las luces, como si estuviera soñando o hubiera tomado una droga. O, sencillamente, era demasiado joven y el voltaje me resultaba demasiado fuerte. Al volver aquella noche a la calle Vineuse, me crucé por las escaleras de la casa con un hombre moreno con gabardina. Lo había visto ya con los demás con los que quedábamos en Saint-Germain-des-Prés. Me reconoció y me sonrió. Había debido de acompañar a casa a Mireille Maximoff. Toqué el timbre. Tardó mucho en abrirme. Sólo llevaba un albornoz de felpa roja y estaba despeinada. No había luz en el salón. Me explicó que se había quedado dormida. No me atreví a decirle que me había cruzado con aquel individuo por las escaleras. Le pasó por la mirada una expresión lánguida; me agarró por el hombro y me dio un beso. Me preguntó qué había hecho por la tarde y la

asombró que me pasease sola por el bosque de Boulogne.

—Deberías buscarte un enamorado —me dijo—. No hay nada mejor que el amor, ¿sabes?

Yo estaba de acuerdo con ella, pero no me atrevía a decirle que tendría que buscar también trabajo. No quería volver a Lyon. Estábamos sentadas las dos en el sofá del salón y no había encendido la lámpara. Las luces del edificio de enfrente nos tenían en penumbra. Me rodeaba los hombros con el brazo y se le había desatado el cinturón del albornoz. Olía a un perfume que mareaba, nardos quizá. Me entraban ganas de confiarle lo que pensaba, pero seguía callada. Nadie sabía que estábamos aquí. Vivíamos fraudulentamente. Se había metido en aquel piso tras forzar la puerta. Yo estaba asustada. Nunca debería haberme ido de Lyon. No me sentía a gusto en aquel salón vacío. El piso llevaba desocupado mucho tiempo y unos ladrones se habían llevado los muebles. Me preguntó por qué parecía tan preocupada. Entonces intenté dar con las palabras para responderle. Era un detalle muy amable por su parte haberme llevado allí, pero me daba la impresión de ser una intrusa. Ya me había puesto en una situación difícil al irme de Lyon por una ventolera y no quería convertirme en un peso para ella. ¿Les diría a los dueños que me había llevado allí? ¿Los conocía de verdad? Con sinceridad, a veces me preguntaba si ambas teníamos derecho en realidad a estar allí y temía que regresaran los dueños de improviso para echarnos. Soltó una carcajada. Con su voz dulce, con aquella sangre fría y aquella indolencia que yo le envidiaba, ahuyentó mi pánico. La mujer que vivía allí era amiga suya desde hacía mucho tiempo. Una persona un tanto fantasiosa, que había estado casada con un acaudalado comerciante de pieles. Y, si quería saberlo todo, ella, Mireille Maximoff, también se había presentado un buen día en París, en un tren procedente de Burdeos. Por entonces, estaba sola y no era mayor que yo. Vivió primero en una habitación en un hotel del Barrio Latino y conoció a esa mujer cuando se presentó, después de haber visto un anuncio por palabras, para un trabajo de dependienta en la tienda de pieles de su marido. Aquella mujer le presentó a todos los de Saint-Germain-des-Prés y a su futuro marido, Eddy Maximoff. Se los llevaba a pasar el fin de semana a
Montfortl'Amaury
o a Deauville en su coche americano. Una vida fabulosa. De verdad que no había ningún motivo para que me preocupase. Aquella mujer estaba encantada de prestarle el piso. Entonces tuve valor para decirle que, pese a todo, me preocupaba mi porvenir. ¿Qué iba a ser de mí en París sin trabajo? Se me quedó mirando un rato en silencio.

—Yo también —me dijo— estaba asustada cuando llegué a París. Pero al final las cosas se arreglan. No te imaginas qué suerte tienes con todos esos años por delante. Y, además, te ayudaré. Conozco a gente en París. Y siempre puedes venirte conmigo a España.

Me sentía tranquilizada. Notaba que me quería bien. Bastaba con fiarse de ella y la vida sería hermosa. Una noche, fuimos al teatro a ver trabajar a una chica que se llamaba Pascale. La obra transcurría en nuestros días en un castillo de un país imaginario donde unas cuantas personas elegantes se habían quedado atrapadas durante una tormenta de nieve. Todos llevaban ropa de terciopelo negro con cuellos blancos grandes; las mujeres parecían pajes y los hombres, escuderos. De vez en cuando, música de clavicordio. Unos candelabros iluminaban el gran salón; había muebles antiguos y telarañas, pero también teléfono y, a la luz de las velas, aquellas personas fumaban cigarrillos y bebían whisky, charlando entre sí con aspecto distinguido. Al salir del teatro, llovía. Mireille Maximoff y yo nos subimos al coche de uno de sus amigos. Teníamos que encontrarnos en el restaurante con otros amigos, y aquella Pascale fue a reunirse con nosotros mucho más tarde. La acompañaba un hombre muy alto de unos cuarenta años con el pelo rubio cortado a cepillo. Era director de cine y tenía un rostro severo, casi una calavera. Quería contratar a Pascale para una película de la que hablaron todos durante la cena. El director contaba el argumento y yo no entendía mucho que digamos. Usaba palabras eruditas, la historia de varias parejas que iban juntos a una casa en Portugal y luego a un chalet en un sitio de deportes de invierno y a un castillo de Borgoña: todas las mujeres, hermosas —decía el director—; todos los hombres, inteligentes, y, a medida que pasaba el tiempo, las parejas iban cambiándose y eran, según él, «como figuras geométricas en el espacio». Yo estaba sentada al lado de Mireille Maximoff y ella tampoco parecía entender muy bien lo que decía el director de cine, pero todos lo escuchaban con mucho respeto. Luego decidieron ir a tomar algo a alguna parte, pero siempre eran los mismos sitios, Le Nuage, La Malène. Y otra vez estábamos en el coche. Ya no hablaba nadie. Yo me alegraba de ese silencio. El coche iba por los muelles, bajo la lluvia. Los semáforos y las luces me daban seguridad. Me gustaba la noche en París, calmaba mi inquietud, esa que notaba con frecuencia por las tardes. Habría querido que me dejasen andar sola, al aire libre, por los muelles.

—No vas a quedarte muerta de aburrimiento en el piso —decía Mireille Maximoff.

Y me llevaba casi todas las noches con toda aquella gente. Nos quedábamos con ellos hasta muy tarde y a mí me costaba que no se me cerrasen los ojos. Un barullo de conversaciones. Y restaurantes decorados de

formas muy raras. Sótanos abovedados con mesas donde se cenaba a la luz de las velas. En otros sitios se comía carne asada en espetones ante una gran chimenea. Candelabros. Espejos biselados. Vigas vistas. Las noches en que hacía bueno, las noches de veranillo, como decían ellos, se sentaban en mesas colocadas en la acera. Estábamos apretados unos contra otros. Y las mismas calles —Bernard-Palissy, Saint-Benoît— cuyos nombres indicaba Mireille Maximoff a los taxistas. La acompañaba a casa de sus amigos. Los domingos por la noche íbamos a un estudio que estaba por la zona del parque de Montsouris. Comían platos brasileños. Alrededor de diez personas siempre. Y música brasileña mientras charlaban. Yo no decía nada. Me quedaba aparte. Muchas veces me ausentaba de esas veladas para dar una vuelta por el barrio. Me iba sin llamar la atención de nadie. Sentaba bien eso de respirar el aire libre y caminar a solas en la oscuridad. Me había ido de Lyon, acababa de evadirme de un sitio donde la gente hablaba demasiado alto, gente a quien no conocía, y mi vida iba a ser una huida sin fin. Estaba segura de que mi camino se cruzaría con el de alguien que pensaba como yo en la otra punta de París. Un domingo por la noche, no regresé al estudio del parque de Montsouris. Volví a oír, desde abajo, que en el edificio seguían la música brasileña y el barullo de las conversaciones. Me fui a pie al piso de la calle Vineuse, cruzando París. Ya no me daba miedo nada y, desde luego, no me lo daba el futuro. Los bulevares y las avenidas que se abrían ante mí estaban vacíos y las luces resplandecían más que de costumbre. El viento susurraba en las hojas. Sin embargo, no había bebido. Cuando volví al piso, ya había llegado Mireille Maximoff y estaba preocupada. Me preguntó por qué me había ido tan de repente de casa de sus amigos. Le dije que no me encontraba muy bien y que me apetecía andar. Y, además, todas aquellas personas me intimidaban. Eran mayores que yo y más inteligentes. Entre ellos, me sentía fuera de lugar. Y, además, ¿dónde estaba mi lugar exactamente? Todavía no había dado con él. Me acarició la frente como habría hecho una hermana mayor, pero no se tomaba en serio todas las confidencias que le había hecho. Acabó por decirme:

—Tú estás un poco chiflada.

Un domingo me llevó a comer a un restaurante chino del barrio de Les Champs-Élysées. Al llegar, reconocí al individuo de la gabardina con el que me había cruzado la otra noche por las escaleras. Nos estaba esperando. Estaba en compañía de un hombre moreno más alto que él, que llevaba una chaqueta de ante y un jersey negro de cuello vuelto. Mireille Maximoff le dio un beso al hombre a quien ya conocía yo. Intento acordarme del nombre. Era Walter y después algo italiano. El hombre que estaba con él nos dio la mano y se presentó: Guy Vincent. Más adelante supe que no se llamaba así de verdad y siempre me intrigaba la forma brusca con la que se acercaba a la gente, alargaba la mano y decía: Guy Vincent. Ahora entiendo que ese nombre era para él una defensa, una barrera que quería alzar en el acto entre él y los demás. Pero me parece que aquel domingo, cuando lo vi por primera vez y me dio la mano, no tenía la misma voz para decirme el nombre falso. Creo que me lo dijo con una sonrisa irónica, como si ya compartiéramos un secreto.

Guy Vincent estaba a mi lado, en el asiento corrido. Hubo un silencio. Luego, Walter se inclinó hacia Mireille Maximoff.

—Éste es Guy, ya te he hablado de él…

Ella sonrió y le dijo que estaba encantada de conocerlo. Yo estaba intimidada, como siempre. No decía ni palabra.

Por lo que había podido entender, aquel hombre sentado enfrente de mí, Walter, el amigo de Mireille Maximoff, era fotógrafo desde hacía tiempo y lo habían enviado muchas veces a sitios peligrosos. Incluso lo habían herido en no sé qué guerra. Había conocido a Guy Vincent en un café de Les Champs-Élysées al que solía ir igual que otros fotógrafos.

Al empezar la comida, Guy Vincent tampoco hablaba. Mireille Maximoff intentaba relajar el ambiente haciéndole preguntas anodinas a las que él respondía sí o no. Walter me señaló con el dedo.

—¿Y esta jovencita?

Guy Vincent se volvió y me miró con curiosidad.

—Le ha ocurrido un contratiempo la mar de fastidioso —dijo Mireille Maximoff haciéndome un guiño casi imperceptible.

Dijo que venía de Lyon. Y les contó la historia del examen final de bachillerato, esa historia suya que había ocurrido hacía mucho en algún lugar de las Landas. El despertador no había sonado un lunes a las siete de la mañana. En el fondo era un detalle simpático por su parte. Debía de pensar que teníamos tanto que ver que nuestras vidas podían confundirse.

Walter se echó a reír.

—Qué suerte tiene —me dijo—. El destino no quiso que fuera usted bachiller.

Yo me sentía un poco violenta. Mireille Maximoff me cogió la mano.

—Espero que no intente usted volver a examinarse —dijo Walter—. Es una forma de perder el tiempo.

Guy Vincent había estado callado y no tenía ya sólo curiosidad en la mirada, sino una preocupación, como si tratarse de adivinarme el pensamiento.

—¿La ha puesto triste esa historia? —me preguntó con el tono de quien se interesa por ti.

Intenté sonreírle.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo volviéndose hacia los otros dos—. No deja de ser una lata esa historia del examen de bachillerato…

Walter le preguntó si él era bachiller. Guy Vincent contestó que no. Pero lo lamentaba. Explicó que a esa edad en que está uno terminando el bachillerato, a él le había pillado el final de la guerra y acababan de repatriarlo de Suiza con un grupo de refugiados de su misma edad. Se quedaron mucho tiempo en una especie de internado de Lyon, pero no cursaban los programas escolares. La mayor parte del tiempo hacían trabajos manuales.

Vencí la timidez y le pregunté:

—¿Se quedó mucho tiempo en Lyon?

—No mucho. Alrededor de seis meses.

Pero ese primer día no me atreví a preguntarle en qué internado exactamente estaba en Lyon. Para mí era una evidencia, me lo imaginaba detrás de la tapia negra de los Padres Paúles.

Al salir del restaurante, Mireille Maximoff me dijo que volvería tarde. Walter me besó en ambas mejillas. Se alegraba de haberme conocido más aunque no fuera bachiller. Se metieron en un coche y Mireille Maximoff bajó el cristal de la ventanilla y movió la mano para decir adiós.

Estaba sola con Guy Vincent. Me preguntó si vivía por el barrio. Le dije que vivía cerca de Le Trocadéro, pero que no conocía bien París y que aún no podía calcular las distancias.

—Voy a andar un rato con usted. Si está cansada, cogeremos el metro en Étoile.

Entonces me dio la sensación de que había tenido un encuentro como el que llevaba esperando desde que llegué a París. La frase que me dijo en ese instante se me quedó tan grabada en la memoria que todavía sigo oyendo después de tantos años el sonido de su voz. El otro día paseaba cerca del puerto, en este país donde no suelo tener la oportunidad de hablar francés con nadie. Iba metida en mis pensamientos. Y otra vez oí decir con acento parisino: «Si está cansada, cogeremos el metro en Étoile». Me di la vuelta. Por supuesto, no había nadie.

Aquel domingo por la tarde, íbamos andando entre la muchedumbre de paseantes por la acera de la derecha de la avenida de Les Champs-Élysées. Sol. Las terrazas de los cafés habían salido a la acera. Otro hermoso día de veranillo, como decían ésos por la noche en La Malène. Pero ¿hasta cuándo iba a durar? Habíamos llegado a Étoile.

—¿Está cansada? —me preguntó Guy Vincent.

No, no estaba cansada.

—Si quiere —le dije—, podríamos dar una vuelta por el bosque de Boulogne.

En la puerta Dauphine, tomamos el camino de los lagos. Guiaba yo.

—Parece que conoce bien el bosque.

Era cierto. Había andado por él con frecuencia por las tardes. No podía quedarme sola en el piso de la calle Vineuse. Así que me escapaba, como hacía por las noches de casa de los amigos de Mireille Maximoff. Y siempre me daba el mismo gusto desaparecer sin llamar la atención. Dejarlos colgados.

Nos habíamos sentado en un banco a la orilla de los lagos. Le pregunté si paseaba a veces por ahí. No. Llevaba una eternidad sin hacerlo. Me llevaba diez o quince años. Seguramente tenía una profesión. Me miraba, como hacía un rato en el restaurante, con esa expresión atenta, casi preocupada. En resumidas cuentas, él tampoco sabía a qué atenerse conmigo. Me preguntó la edad. Quise ponerme años, pero valía más decir la verdad. Pese a todo, me añadí un año. Diecinueve años. Pareció sorprendido. Me echaba algo más de veinte.

Por delante de nosotros, paseo adelante, andaban las familias, y los niños iban siempre a la cola. Había voces que los llamaban por sus nombres, voces quejumbrosas o autoritarias y, por turnos, se iban perdiendo en la lejanía. Alguien gritó varias veces: «Guy», y me acordé de que él también se llamaba Guy. Pero no se había inmutado. Yo no sabía aún que ése no era en realidad su nombre.

—De hecho —dije con voz poco firme—, estoy buscando trabajo.

Y muy deprisa, tan deprisa que las palabras se atropellaban, le confesé parte de la verdad: venía de Lyon, de momento vivía en casa de Michelle Maximoff y buscaba trabajo en París.

—¿Y sus padres? ¿Qué dicen de todo esto?

Me sentía incómoda con la pregunta. En el momento de irme de Lyon no había pensado ni una sola vez

en mis padres. No era indiferencia, pero llevaba mucho tiempo distanciándome de ellos. Sin embargo, todavía figuraban en mis proyectos de futuro, cuando mi vida hallase un derrotero más preciso y yo me hubiese librado de esta sensación de incertidumbre que notaba todas las mañanas. Un día, todo se volvería luminoso y sólido en mi vida y me alegraría volver a verlos.

—Ya no pueden hacer gran cosa por mí —le dije.

Seguimos andando por los paseos de las inmediaciones del Pré Catelan. Había cada vez menos gente y los paseos se convertían en caminos forestales. Fue él quien me dijo que había que dar media vuelta porque corríamos el riesgo de perdernos. Le pregunté por su profesión. Nada del otro mundo, viajes de negocios entre Francia y Suiza. Regentaba más o menos con unos socios una «agencia» en París. Un trabajo trivial, de esos que aburren a los demás cuando se menciona. No insistí.

A media tarde estábamos en uno de los salones de té del bosque de Boulogne. Algunas de las mesas las ocupaban las familias que pasaban entonces por el paseo, a la orilla de los lagos. En otras mesas, mujeres de cierta edad charlaban a voces. Él miraba a su alrededor. Me pregunté si no sería la primera vez que iba a un sitio así, igual que yo.

—Qué curioso —me dijo—. Las mujeres llevan aquí abrigos de astracán.

Seguía con esa expresión plácida y pensativa. Más adelante, siempre que estábamos en un sitio público, me daba la impresión de que se sentía incómodo, como si no tuviera nada en común con nadie. Un forastero que no supiera la lengua del país y que hubiera temido, a cada instante, que alguien le dirigiera la palabra. Pero mantenía la compostura. Conservaba la calma. Quizá pensaba que el mínimo titubeo, la mínima alteración que le leyeran en la cara podría traerle una desgracia. Así que se quedaba impasible y evitaba los ademanes bruscos. Sonreía con sonrisa ausente.

—He contado catorce mujeres con abrigos de astracán. Puede comprobarlo si quiere…

Yo notaba que había una complicidad entre nosotros. Ninguno de los dos estábamos allí en nuestro lugar. ¿Tenía él un lugar en alguna parte? Cogimos el metro hasta Étoile; luego, hicimos transbordo y nos bajamos en la estación de Trocadéro. Quería acompañarme hasta el piso. Caminaba a mi lado con su paso regular cuyo ritmo nada habría podido modificar, me digo ahora. Era una forma de que nadie se fijara en él. Cuando alguien lo sigue a uno, por ejemplo, no hay que darse la vuelta nunca. Y siempre que amenaza un peligro, hay que seguir andando con el mismo paso sosegado. Delante del edificio de la calle Vineuse, me preguntó qué planes tenía para la velada. Le dije que no tenía ninguno. Esa noche, desgraciadamente, no podía invitarme porque tenía una cita. Pero mañana, y pasado, y todos los demás días… Estaba viviendo en un hotel aquella temporada. Me dio un número de teléfono.

Le telefoneé al día siguiente, a media tarde. Estaba sola en el piso. Me indicó el camino. Tenía que hacer transbordo en Étoile y bajar en la estación Georges V. Luego me pidió que cogiera un lápiz y me dictó un itinerario hasta su hotel. A juzgar por su tono de voz, tenía realmente miedo de que me perdiera.

Estaba muy cerca del restaurante chino de la víspera. El Hotel du Berri, en la calle de FrédéricBastiat. Pregunté por «el señor Guy Vincent» en recepción. Una mujer morena con un traje sastre muy sobrio por delante de la que pasé a diario y tengo la ilusión de que fue algo que duró mucho, toda una temporada de mi vida. Pero, si lo pienso bien, apenas fueron treinta días.

Subí las escaleras hasta el primer piso. Me estaba esperando en el vano de la puerta como si temiera que fuese a cambiar de opinión en el último momento. Me había detenido un instante en los primeros peldaños de las escaleras y había sentido la tentación de salir huyendo.

Estaba tan azarada que me senté al borde de la cama. Había un sillón, sí, más allá, entre las dos ventanas, pero me parecía inaccesible. Él seguía de pie, delante de mí.

—Tiene el pelo mojado.

También tenía la gabardina mojada. Al salir del metro llovía, era una lluvia fina como la que caía con tanta frecuencia aquel otoño. Él volvió con una toalla. Me frotó con suavidad el pelo. Se sentó al borde de la cama, a mi lado.

—Debería quitarse la gabardina…

Lo había dicho con voz sorda, como si estuviera hablando consigo mismo. Pensé que habíamos entrado juntos en aquel hotel y que habíamos ido a parar a aquella habitación porque estaba lloviendo. Me imaginaba que había llegado a París esa misma mañana. Había ido a buscarme a la estación de Lyon. La luz de la lámpara del techo me deslumbraba y oía caer la lluvia. No sabía exactamente dónde estaba. No sabía nada de él, pero daba igual. Me cogió por los hombros y yo lo besé. Toda la angustia y toda la timidez habían desaparecido y me daba completamente igual que dejase encendida la luz, habría encendido una luz aún más cruda y más fuerte para ahuyentar las sombras. A la mañana siguiente, cuando volví al piso de la calle Vineuse, Mireille Maximoff ya estaba despierta. Me dijo que mi ausencia la había preocupado, pero no

me hizo ninguna pregunta. Entonces le conté que me había encontrado con unos amigos de Lyon y que la velada se había alargado más de lo previsto. En las semanas siguientes, seguí mintiendo y guardé el secreto hasta el final. Pero hoy me pregunto qué habría podido decir. Son cosas corrientes. Le suceden a cualquiera. Me acuerdo de la noche en que me reveló que no se llamaba Guy Vincent. Me había llevado a un restaurante que estaba muy cerca de su hotel. Nunca salía del barrio. Le sorprendió que yo fuera oriunda de Lyon. Nada más acabar la guerra, había pasado en esa ciudad demasiado poco tiempo para decirme dónde estaba exactamente el internado que los había acogido a él y a sus compañeros. No muy lejos del Saona. Escaleras muy empinadas. Casas viejas. ¿Se acordaba de una calle en cuesta, de una tapia negra y de unos edificios grandes en voladizo? No podía afirmarlo, pero a lo mejor sí. Entonces tenía que ser el internado de los Padres Paúles. Yo creía en las coincidencias.

Además, él también había llegado, en París, a la estación de Lyon. Una mañana, a la misma hora que yo. Tenía más o menos mi edad. Empezó a contarme todo eso en la habitación del hotel, bajo la lámpara del techo, que dejaba encendida incluso de día. Acabé por acostumbrarme y creía ingenuamente que esa luz franca desvanecería la neblina que flotaba a su alrededor. La mañana en que regresó a París, nadie lo esperaba en la estación. Del barrio donde había vivido en la infancia habían desaparecido sus padres y sus amigos.

Todo eso me lo contó porque yo venía de Lyon y esa ciudad le recordaba un episodio de su vida, la época en que tenía mi edad. Y porque esa noche, por primera vez, lo había llamado «Guy», pero pronunciando ese nombre con esfuerzo, me hacía sentirme incómoda, me parecía que no le pegaba. Debió de notar esa reticencia mía y me dijo: «Que sí…, que puedes llamarme Guy…» Y se echó a reír. Oí cómo repetía: «Guy… Guy…», como si él también quisiera familiarizarse con esa sílaba, y ahora me tocó a mí echarme a reír. Entonces encendió la lámpara y me explicó que «Guy Vincent» era un nombre falso. Le pregunté si podía llamarlo por su nombre de verdad. Era un detalle simpático, pero no le habría gustado, se había acostumbrado a «Guy Vincent». A él, «Guy Vincent» le recordaba el frescor, la primavera y el color blanco, era un nombre tranquilizador. Y además marcaba las distancias. Siempre había existido entre él y los demás ese «Guy Vincent», como un doble, un ángel de la guarda. Y volvía a reírse. Y yo también. Las risas incontrolables son contagiosas, pero ¿tenía de verdad ganas de reírme? Bajo la luz de la lámpara del techo, la habitación me parecía de repente fría y deshabitada. Estaba en compañía de un individuo que se ocultaba tras la identidad de otro. Me daba cuenta de que nunca dejaba nada en la mesilla de noche, el sillón o la moqueta. Ni una prenda de ropa, ni una colilla, ni siquiera un par de zapatos. Cuando salíamos de la habitación no quedaba rastro alguno de nuestro paso, salvo la cama deshecha, pero en varias ocasiones vi que estiraba las sábanas deprisa y corriendo y ponía la colcha. Una antigua costumbre del tiempo de los internados, me había dicho. Los trajes, unos cuantos libros, unos cuantos objetos y las maletas estaban, todo junto, en una habitación amplia de la Agencia. Allí era donde trabajaba con unos «socios». Fui con él unas cuantas veces, muy tarde. La Agencia estaba muy cerca del hotel, en un edificio de la calle de Ponthieu. Nunca había nadie a aquellas horas. Lo esperaba en el despacho. Había ido a buscar unas cuantas cosas que guardaba en una bolsa de viaje. Volvíamos al hotel.

Sólo una vez se presentó con su nombre de verdad. Fue durante un viaje que hicimos a Suiza. En Lausana nos sentamos en el vestíbulo de un hotel de la avenida de Ouchy, sin saber yo el porqué. Junto a nosotros, mujeres y hombres con aspecto de clase alta acomodada. Franceses con un toque obsoleto en los modales y un tanto ajado en la forma de vestir. Pero tenían buen aspecto. Estaban bronceados. Por lo visto todos se conocían. En una mesa grande, montones de libros. Un hombre muy enjuto de cejas gruesas y que llevaba corbata de pajarita iba escribiendo dedicatorias, una tras otra, en los libros que esa gente le ponía delante. Los miembros de esa asamblea nos miraban de arriba abajo a los dos y yo leía en su mirada sorpresa y apuro. Debían de pensar que no éramos de su mundo y no acababan de entender nuestra presencia entre ellos. Intento imaginar qué pinta teníamos. Hace un rato, en el puerto, en la terraza de un café, me llamó la atención una chica rubia sentada con un hombre de rostro patibulario. De joven, me parecía a esa chica. Tenía los ojos muy abiertos y estaba atenta y silenciosa. Y el hombre a quien escuchaba me recordaba a Guy Vincent por el pelo moreno y por la forma indolente de fumar o de servirse la bebida. Pero Guy —no me queda más remedio que llamarlo por ese nombre— era mucho más robusto. Sin embargo andaba con garbo, dando pasos ingrávidos como si fuera de puntillas. Aquel día, en Lausana, en el vestíbulo del hotel, Guy se puso de pie y caminó así entre todas esas personas distinguidas. Estaba perdido en medio de esa reunión mundana y yo temía que, al pasar, empujase a esos hombres y esas mujeres. Estaba segura de que había bebido. Y después vino a buscarme. Me sujetó por los hombros y me llevó hacia la mesa donde el escritor con pajarita estaba dedicando su libro. Cogió uno del montón. Se titulaba: *Vivir en Madeira*. Conservé mucho tiempo ese libro y lo perdí al irme de Francia. El escritor, tras la mesa, estaba muy

acompañado. Guy hojeó el libro. Se inclinó.

—¿Me lo puede dedicar?

El escritor alzó la cabeza. No tenía cara amable. La pajarita era de lunares.

—¿Nombre? —dijo muy seco.

Entonces Guy le dijo su nombre de verdad. Yo era la primera vez que lo oía: ALBERTO ZYMBALIST. El escritor frunció el ceño como si le desagradase la sonoridad de ese nombre. Dijo con tono despectivo:

—¿Mo lo puede deletrear?

Guy colocó el libro abierto encima de la mesa y le plantó una mano en el hombro. El escritor no podía ya moverse de la silla. Guy le apoyaba la mano cada vez con más fuerza en el hombro y el escritor, doblándose, lo miraba estupefacto. Guy le deletreó el nombre. A nuestro alrededor, todos lo miraban intranquilos. Estaban preparados para intervenir, pero no se decidían por la estatura de Guy. Al hombre no le quedó más remedio que decidirse a escribir la dedicatoria. El sudor perlaba su frente. Tenía miedo. Guy cogió el libro, pero seguía apoyando la mano en el hombro del escritor. Éste lo miraba con ojos duros y apretando los labios.

—¿Va a soltarme, caballero? —dijo con voz sibilante.

Guy le sonrió amablemente y aflojó la presión de la mano. El hombre se puso de pie. Por hacer algo, se ajustó la pajarita de lunares. Nos clavaba una mirada viperina. Me dio miedo que llamase a la policía. Guy, tras mirar el título del libro, le preguntó con una sonrisa:

—¿Es bonito Madeira?

No sé si había bebido o si le había dado un bajón, como le pasaba muchas veces. En el vestíbulo de este hotel estábamos tan solos como el primer día en el bosque de Boulogne, entre las familias del domingo y las mujeres con abrigo de astracán. Pero me había enterado de su nombre de verdad. ¿Era realmente el suyo? Por lo que parecía, aquellos con quienes se trataba en París nunca lo habían conocido con ese nombre. ¿Hasta qué edad lo había llevado? No me atrevía a preguntárselo.

Una tarde me llevó en coche a la calle Vineuse porque Mireille Maximoff debía de estar preocupada por no saber nada de mí desde hacía tres días y quería tranquilizarla. Me dijo:

—Te voy a enseñar dónde vivía cuando era un mocoso.

Decía «mocoso» con acento parisino.

—Está aquí mismo, por la zona del bosque de Boulogne.

Detuvo el coche a la entrada de los jardines de Le Ranelagh, y la forma en que había dicho «mocoso» no encajaba con ese barrio.

Íbamos por los paseos. El sol se había velado y todo estaba sumergido en una luz rojiza. Íbamos pisando una capa de hojas secas.

—Mira, en ese jardín jugaba los jueves y los domingos…

Me guardaba muy mucho de hacerle preguntas. Era muy joven, no conocía bien aún a los hombres, pero me había dado cuenta enseguida de que no era un hombre que contestara a las preguntas.

Estábamos en una avenida, al fondo del todo de los jardines. Dimos unos cuantos pasos por la acera y se detuvo delante de un edificio, el primero de la avenida.

—Vivía aquí, en el segundo piso.

Me indicó una ventana.

—Ése era mi cuarto.

Empujó la puerta cochera y me hizo entrar en el portal. Llamó en la puerta acristalada del portero. Se abrió y un hombre calvo asomó la cabeza por la rendija.

Él le dijo:

—Venía a saber cómo le iba al señor Carpentier.

Me quedé con ese apellido en la memoria por si acaso. Carpentier. El hombre le dijo que el señor Carpentier hacía mucho que ya no vivía allí, desde que él había ocupado su puesto en la portería. Guy se encogió de hombros.

—¿No tendrá su dirección? —preguntó.

—No.

Otra vez íbamos andando por la avenida, siguiendo los jardines de Le Ranelagh. Me explicaba que el señor Carpentier era el antiguo portero del edificio y que él, por entonces, vivía solo con su padre en un piso grande. Su padre era cónsul de Perú. Luego llegó la guerra y su padre regresó a su país dejándolo aquí solo bajo la vigilancia del señor Carpentier. Aparentemente su padre se olvidó de él, puesto que no volvió a tener noticias suyas. ¿Me decía la verdad? Aquella tarde, le pedí que me dejase en la plaza de Le Trocadéro. No quería que Mireille Maximoff nos viera juntos. Cónsul de Perú. Llamaban también «Cónsul» a Eddy, el

marido de Mireille Maximoff. Era un título fantasioso que le habían concedido, el apodo del personaje de una novela que se le parecía y que, igual que él, se pasaba con el alcohol. Años después, me despertaba a veces sobresaltada, por las noches, y no podía volverme a dormir hasta por la mañana. Y le daba vueltas y vueltas en la cabeza a todos esos detalles dolorosos. Me decía: Deberías intentar comprobar algún día todo lo que te contó. Pero, al final, razonaba y recobraba la calma. Era completamente inútil. Era demasiado tarde.

Cónsul de Perú. El viento desperdigaba las hojas secas por los paseos con un rumor que iba creciendo y me helaba el corazón. Si me había mentido no le guardaba rencor. A fin de cuentas, sus mentiras formaban parte de sí mismo. Qué le íbamos a hacer si lo que ocultaban era sólo el vacío. Era también el vacío lo que me atraía en él. Tenía con frecuencia la mirada ausente. Yo habría debido saber en qué estaba pensando. Intentaba adivinarlo. Me parecía misterioso e inaprensible. No lo oías venir cuando abría una puerta y entraba en la habitación. Y podía desaparecer de un momento a otro cuando ibas andando a su lado. A mí nunca me hizo algo así, pero sí a todos cuantos vi con él en los cafés de cerca del hotel o en el despacho de la Agencia. Era incluso tema de bromas entre ellos. A veces me falla la memoria, pero me acuerdo de aquel viaje a Suiza durante el que se encontró con unos individuos muy peculiares en Ginebra, en el vestíbulo del Hotel du Rhône. Pasamos en coche por Annemasse antes de cruzar la frontera. Un domingo. Caía la noche. Las calles de Annemasse estaban cortadas a causa de un desfile y una banda de música que cruzaban la ciudad. Nos dio una risa incontenible cuando la banda tocó *Viens Poupoule*. La música se alejó, acabó por desvanecerse y a poco no había ya nadie por la calle. En la frontera, los aduaneros ni siquiera nos pidieron los pasaportes. Entonces me contó que a los dieciséis años, durante la guerra, intentó en dos ocasiones entrar en Suiza. Las dos veces cruzó la frontera clandestinamente, pero en el primer intento los aduaneros suizos lo detuvieron y se lo entregaron a los gendarmes franceses. Como tenía ya la misma estatura y pesaba lo mismo que ahora, les pareció prudente esposarlo para volver a llevarlo a Annemasse. Nunca consiguió olvidarlo y, desde entonces, llevaba esposas en sus sueños, pasaba horas andando y hacía inacabables trayectos en metro para buscar a alguien que tuviera la llave y se las quitara. Luego, en Annemasse, uno de los gendarmes dejó que se escabullera. Intentó otra vez cruzar la frontera y lo consiguió. En Ginebra estuvo mucho tiempo buscando, sin encontrarlo, el consulado de Perú.

Vivíamos en el Hotel du Rhône y él citaba a la gente en el vestíbulo por las tardes. Con frecuencia aquello se alargaba hasta la hora de la cena. Tenía miedo de que yo me aburriese. Sacaba de una bolsa de viaje un fajo de billetes de banco y me lo metía en la mano. Me decía que me fuera de tiendas a comprar zapatos, relojes y joyas. Y por más que yo le decía que no y le explicaba que podía perfectamente quedarme en la habitación leyendo, él insistía. A mi edad, a él, la primera vez que anduvo por las calles de Ginebra, lo deslumbraron los escaparates y las luces. Habría querido comprarlo todo y, de preferencia, los zapatos. Es un placer andar con unos zapatos nuevos en los que no entra el agua. Más vale aprovechar la oportunidad. ¡Con lo corta que es la vida! Al final, me convencía. Salía del hotel, cruzaba el puente e iba por la calle de Le Rhône. Pero no me atrevía a entrar en las tiendas. El primer día había niebla y me daba miedo que nevase. Iba siguiendo el muelle. Me daba la impresión de que estaba sola en una ciudad desconocida. También él debía de haber sentido lo mismo cuando llegó aquí por primera vez. Al final de una ancha avenida, divisaba la estación. A lo mejor habría valido más coger un tren para París y volver con Mireille Maximoff. Y explicárselo todo. ¿Qué consejo me habría dado? Torcí por una calle pequeña donde me encontré un cine. A esa hora estaba yo sola en la sala. Echaban una película de dibujos.

Los días siguientes volvió el sol. Habría podido creerse que todavía estábamos en el veranillo, como decían en París. Pese a todo me compré un reloj. Y también un par de zapatos. Estaba harta de llevar los azul marino, esos que me había hecho quitarme el cabrón de la casa de modas.

Le pedía permiso para quedarme en el vestíbulo, apartada, mientras él atendía a las citas. Lo observaba con discreción. Me preguntaba quiénes podían ser esas personas sentadas a su alrededor. Siempre las mismas. La mayoría eran argelinos. Llevaban billeteras de cuero, menos uno que me había llamado la atención por la sonrisa y la gabardina azul marino. Hacia el final de las citas, a veces iba a buscarme al fondo del vestíbulo y me sentaba junto a ellos.

Creo que hablaban de dinero en voz baja. Eran muy educados conmigo. Me habría gustado saber más, pero nunca me he metido en lo que no me importa. Por la noche, íbamos a cenar a un restaurante italiano con dos hombres que trabajaban con él en París. Uno grueso de la misma edad que él, simpático y siempre sin resuello, trabajaba en la Agencia. El otro tenía alrededor de cincuenta años. Era un hombre muy elegante que hablaba francés con un leve acento; llevaba el pelo negro azabache planchado hacia atrás. También era siempre muy educado, pero me intimidaba. A veces tenía una mirada penetrante. En París vivía en un piso de la calle de Artois, muy cerca del hotel. Debería volver a dar con sus nombres. Así

tendría algo que hacer en estas tardes vacías. Precisamente una tarde nos paseamos Guy y yo por Ginebra. Me enseñó un sitio en que buscaba refugio muchas veces durante su primera estancia en la ciudad. La glorieta de Le Rhône. Te metías por un porche y entrabas en un jardín grande rodeado de edificios. Allí ya no había nadie. En el centro del jardín, unos cuantos bancos a la sombra de los árboles. La primera vez que fue a sentarse allí, fue el día en que había entendido que nunca encontraría el consulado de Perú. Por la noche, en París, en la habitación del hotel, siempre dejaba la lámpara del techo encendida. Tenía insomnio. No salía del barrio del hotel. Con frecuencia estábamos solos. Por la tarde, lo acompañaba a la Agencia. Me sentaba al fondo del todo, como en el vestíbulo del Hotel du Rhône. Leía una revista mientras lo esperaba y él hablaba con el gordo a quien le faltaba el resuello. Llamaban por teléfono sin parar. El gordo se sentaba en un sillón de cuero y él al filo del escritorio. Se turnaban para hablar, pasándose el auricular. O el único que hablaba era el gordo y él cogía el auricular supletorio. A veces estaba también el hombre elegante de pelo negro a quien el gordo le cedía el sitio tras el escritorio.

Guy se metía en la habitación donde tenía la ropa y las maletas y se me acercaba, mientras los otros se iban intercambiando el auricular y el supletorio. Me daba un fajo de billetes de banco. Como en Ginebra. Sonreía. Me decía que no debía quedarme allí, esperándolo. Que era aburrido. Tenía que ir de tiendas, a comprarme vestidos y abrigos. Pues claro, se acercaba el invierno y ni siquiera tenía abrigo. La verdad es que era una chica muy rara, decía, una cabeza loca, y no me vendría mal hacerle caso. Venga, un abrigo bien calentito para el invierno.

Entonces, salía de la Agencia e iba por la calle de Le Faubourg-Saint-Honoré abajo sin atreverme a entrar en las tiendas. Igual que en Ginebra. Sin embargo, una tarde me compré una gabardina; y otra, un par de zapatos.

De noche, en la habitación del hotel, me preguntaba por mi infancia y mi familia. Pero yo, igual que él, enredaba las pistas. Me decía a mí misma que una chica tan sencilla como yo, que no tenía más que un único apellido y un único nombre y que venía de Lyon, no podía interesarle en serio.

Un lunes, teníamos que vernos, como de costumbre. Era noviembre. Se hacía de noche temprano. Y, sin embargo, cuando llegué a la calle de FrédéricBastiat creo que aún era de día. Me fijé en dos coches negros aparcados delante del hotel y en un grupo de hombres en la acera de enfrente, con pinta de policías. Entré. La mujer estaba detrás del mostrador de recepción, pero, acodado en él, estaba el argelino de la gabardina azul a quien ya había visto yo en Ginebra.

Él también me reconoció. Parecía incómodo. Todavía me pregunto cuál sería su papel.

Me dijo con voz seca:

—No merece la pena que suba. Ya no queda nadie.

Quise subir a pesar de todo. Me cortó el paso. Repitió:

—Ya no queda nadie.

La mujer no se movía de detrás del mostrador de recepción. Tenía los ojos grandes y verdes, pero sin mirada ya. El hombre me empujó con suavidad para que me fuera. Me dijo en voz baja:

—Váyase corriendo. Todavía no saben quién es usted. De momento no es más que una muchacha rubia SIN IDENTIFICAR.

Se le atropellaban las palabras, quería decirme algo más, pero ya no le daba tiempo. Yo seguía, atontada, en la acera. Crucé la calle. Me acerqué al grupo Le pregunté a uno de ellos qué había ocurrido en el hotel. Me contestó:

—No sé a qué se refiere, señorita.

Me miraban fijamente con ojos fríos. Si me quedaba junto a ellos, me esposarían. Y, sin embargo, me entraban ganas de vociferar, de montar un escándalo, para que me dijeran por fin la verdad.

Anduve al azar por las calles del barrio. Calle de Artois. Calle de Berri. Calle de Ponthieu. Pasé por delante de la Agencia. Era de noche. Volví a pasar por delante del hotel. Seguían allí, en grupo, en la acera. Y los dos coches no se habían movido del sitio. Estaba muerto. O se lo habían llevado con las esposas puestas. En la habitación, de noche, dejaba siempre encendida la lámpara del techo.

Debía de ser el día siguiente. En la calle Vineuse, no había salido de mi cuarto. Le había dicho a Mireille Maximoff que estaba enferma. Esa noche quería cenar con Walter. Pensé que éste a lo mejor sabía algo. Le pedí permiso para ir con ella. Tenía miedo de que me llevase al restaurante chino, pero no fue eso lo que ocurrió, sino que alguien vino a buscarnos en un coche negro grande y el trayecto fue largo, un barrio que yo no conocía. En el bar, estaba sentada enfrente de Mireille Maximoff y de Walter. Se me reflejaba la cara en el espejo, una cara de ahogada. Los otros dos debían de darse cuenta. Me sirvieron una copa de vino, pero no me entraba nada. Hablaban y a mí me daba miedo caerme redonda; me esforzaba por escuchar, intentaba no rendirme, estar pendiente de sus palabras. Walter decía que quería hacer un reportaje sobre

las personas que desaparecen en París. Intentaría hacer fotos de noche en las comisarías. Nadie se percataría de nada. En el depósito municipal de coches. En los calabozos. En el depósito de cadáveres.

Yo tenía arcadas. Me puse de pie con el temor de caerme redonda. Bajé las escaleras de los servicios. Vomité. No quería volver a subir. Quería irme del restaurante a escondidas y andar sola por la calle. Buscaba una salida de emergencia. Como decía el argelino, todavía era una rubia sin identificar. De las chicas a las que sacan de las aguas del Saona o del Sena, se dice con frecuencia que eran desconocidas o sin identificar. Yo tengo la esperanza de seguir siéndolo siempre.

II

Vine al mundo en Annecy. Mi padre murió cuando yo tenía tres años, y mi madre se fue a vivir con un carnicero de las inmediaciones. No estoy en buenas relaciones con ella. A veces iba a verlos a ella y a su marido, pero notaba que no estábamos a gusto juntas. Creo que le traía malos recuerdos. Era una mujer dura e iracunda, y no una sentimental como yo. Me daban miedo sus arrebatos de ira. Echaba espuma por la boca y vociferaba con acento del Norte. ¡Menuda pareja formaban! Él, por el pelo a cepillo, muy corto, y las mejillas chupadas, se parecía a ciertos sacerdotes cuando tienen mirada severa e intentan saber qué pecados hemos cometido. Sometida a la influencia de ese hombre, me fijé en que mi madre se volvía cada vez más masculina. Entre ellos no había amor, sino más bien esas relaciones que existen entre dos compañeros de regimiento o las de un cura y su ama. Por lo demás, nunca tuvieron hijos. ¿Había estado enamorada de mi padre? En cualquier caso, parecía que el amor no le interesaba y que incluso le daba asco, y que mi nacimiento había sido un accidente en su vida.

Mi tía, la hermana de mi madre, me cuidó hasta cierto punto cuando era pequeña. Tampoco era una sentimental. No se fiaba de los hombres. No se fiaba de nada. Ni de mí tampoco. Tengo que reconocer que no tuvimos lazos muy fuertes. Igual que mi madre, nunca contó mucho para mí.

Los recuerdos que conservo de mi infancia no son ni buenos ni malos. Creo que si mi padre hubiera vivido, me habría llevado bien con él y todo habría sido diferente. Me dijeron de él que era un «cabeza loca» y tardé mucho en entender qué significaba eso.

Desde los cinco años fui al colegio de SainteAnne, por la zona de Les Marquisats. Mi tía vivía en Veyrier-du-Lac. Trabajaba en algunas villas, en Veyrier y en Talloires, en casa de gente rica. Limpiaba, iba a la compra y cocinaba. Estuvo empleada, de muy joven, en un hotel de Annecy, cerca del Casino, y había seguido en buenas relaciones con el dueño de ese hotel. Él seguía ayudándola económicamente cuento estaba en apuros. Era una mujer que sabía apañárselas bien.

En el colegio de Sainte-Anne yo era siempre la primera de la clase y la directora aconsejó a mi tía que me matriculase en el liceo femenino para que hiciera el bachillerato. Era tan buena alumna en lengua que opinaba que «llegaría lejos». Pero mi tía no hizo caso de sus consejos. Me metió interna en las monjas, a unos veinte kilómetros, en la carretera del Grand-Bornand. No lo hizo para inculcarme disciplina, sino porque quería librarse de mí. Tenía doce años.

Mi madre nunca me propuso vivir en su casa. Ni su marido, el carnicero. Las pocas veces en que fui a verlos, me llamaba la atención la mirada severa que clavaba en mí. Más adelante entendí que esa mirada no tenía que ver conmigo en particular, sino con todas las mujeres. Aquel individuo consideraba que las mujeres eran el mal y seguramente había conseguido convencer a mi madre. Me da la impresión de que le habría gustado que fuera un hombre.

No sé qué puede ser la vida de familia. Y, si he de ser sincera, creo que no me habría gustado esa vida. Era demasiado independiente. Y me apetecía con demasiada frecuencia estar sola. No habría aguantado las comidas en familia de los domingos, los hermanos, los primos, las madres, las comidas de primera comunión, los cumpleaños, Navidad… Lo único que me habría gustado habría sido vivir sola con mi padre si no me hubiera quedado sin él. Él, por lo menos, me habría matriculado en el liceo y yo habría sido bachiller.

En el internado, la disciplina era más dura que en el colegio de Sainte-Anne. Pasé por los dos dormitorios, el de las pequeñas y el de las mayores. La monja apagaba a las nueve, y de los pilotos del plafón salía un resplandor azul. Habría preferido estar a oscuras.

A las seis y cuarto de la mañana, sonaba el despertador. Nos aseábamos deprisa en los lavabos corridos que parecían bebederos de ganado. Estaba prohibido desnudarse. Había que ocultar el cuerpo a los demás y

a una misma, como si fuera algo vergonzoso. Nunca entendí el porqué y, de hecho, no intenté nunca entenderlo.

Después de levantarnos y asearnos, íbamos a la capilla. Luego, una hora al aula de estudio. Luego el desayuno en el refectorio. Café con leche sin azúcar y pan sin mantequilla. Sólo un poco de mermelada. Otra vez al aula de estudio. Después un recreo a eso de las once. Otra vez a clase. La comida. El recreo y la merienda, una rebanada de pan y una onza de chocolate negro. El estudio de última hora de la tarde. En la cena sólo se tomaba un plato, polenta. Carne, nunca. La capilla. La hora de acostarse. Y todo volvía a empezar a la mañana siguiente.

Un jueves por la tarde sí y otro no, íbamos de paseo por los alrededores del pueblo. O nos quedábamos en el obrador para hacer labores o zurcir… Mi único vínculo con el mundo era un transistor pequeño que le había cogido prestado a mi tía, pero que debía tener escondido. Lo escuchaba por las noches, en el dormitorio, y después de comer, en el recreo, en un rincón aislado de los soportales del patio cubierto.

El mes de abril de mis quince años, según las noticias que oía en ese transistor, se creyó durante dos o tres días que los paracaidistas de Argelia iban a saltar sobre Francia. Entonces tuve la esperanza de que estallase la guerra civil. Los adultos no tendrían ya autoridad alguna sobre nosotros y tenía la firme intención de aprovechar el follón para escaparme. Por desgracia todo volvió a estar en orden el domingo siguiente por la tarde.

Durante los años de internado, de las personas con las que me crucé no me ha quedado ningún recuerdo. Y, sin embargo, desde los catorce años, quería vivir un GRAN AMOR. Pero mi corazón no palpitó por nadie en aquellos años. Pasé por ellos envuelta en una niebla que borra todos los rostros y todos los detalles de mi vida. Hasta tal punto que me pregunto si no fue un sueño. Un sueño de esos que vuelven con frecuencia y en los que me hallo otra vez bajo los pilotos azules del dormitorio.

Los domingos a última hora de la tarde, esperaba el autobús que me llevaría de vuelta al internado. La parada estaba a la altura de un plátano grande, delante del ayuntamiento de Veyrier-du-Lac. Sólo recuerdo los domingos por la tarde de otoño o de invierno. Ya estaba oscuro. Me subía al autobús y los asientos iban todos ocupados desde Annecy. Muchos pasajeros iban de pie, apretados, en el pasillo. Labriegos que regresaban a sus pueblos tras pasar el domingo en Annecy. Soldados de permiso. Niños. Perros. Yo también me quedaba de pie, inmediatamente detrás del conductor. El autobús arrancaba. Iba despacio. A la derecha, antes de la curva, en un nivel más bajo, el portalón de la villa Los Tilos, donde trabajó mi tía con unos americanos que estaban de vacaciones. Luego, cuando el autobús ya se había metido por la carretera del puerto de Bluffy, el castillo de Menthon-Saint-Bernard se perfilaba encima de una cumbre, como los castillos de los cuentos de hadas. Pasábamos ante el pequeño cementerio de Alex. Luego, ante el monumento a los héroes de Glières y sus tumbas. Me habían dicho que mi padre había combatido con ellos, en la meseta, contra los cabezas cuadradas. Creo que él también había sido un héroe aunque no muriera durante la guerra, sino unos años después.

El autobús paraba en la plaza del pueblo y aún me quedaban unos cuantos cientos de metros por recorrer a pie, en línea recta por la carretera. Iba sola. Nunca cogía el autobús conmigo ninguna de las chicas. Vivían en los pueblos de los alrededores. Menos Sylvie, que vivía en Annecy, esa con quien conservé la amistad y que, más adelante, encontró empleo en la Prefectura. Pero sus padres la llevaban en coche.

Yo iba andando por esa carretera y con frecuencia me entraron ganas de salir huyendo. Bastaba con dar media vuelta y esperar en la plaza del pueblo el autobús que volvía a salir a las nueve de la noche rumbo a Annecy. La carretera en sentido contrario. Habría llegado a eso de las nueve y media a la parada final, en Annecy, en la plaza de la estación. Pero ¿y luego? Claro que si hubiera tenido dinero… Con dinero no me habría quedado en Annecy. Nada más bajarme del autobús, habría sacado un billete para París y habría esperado el tren nocturno. Pero no me atrevía a dar el salto definitivo. Y acababa en la capilla con las demás para la exposición del Santísimo de los domingos por la noche.

Mi compañera de pupitre era una chica rubia cuyo padre era boticario en Cruseilles. Creo que era tan desgraciada como yo en aquel internado. Le prestaba a veces el transistor. Habíamos charlado en el patio cubierto aunque estuvieran prohibidas las conversaciones de dos. Había que estar o sola o en grupo. Caía la lluvia, una lluvia interminable de noviembre que anunciaba los cinco meses de nieve durante los que me sentiría aún más prisionera. Esa chica de Cruseilles había robado en la farmacia de sus padres dos tubos de un somnífero que se llamaba Immenoctal. Me dio uno. Me explicó que si querías suicidarte bastaba con que te tomases todos los comprimidos. Y que estaba bien eso de llevar siempre el tubo encima. «Así», me dijo, «UNO ES DUEÑO DE SU VIDA Y DE SU MUERTE». Y ya nadie puede nada contra ti. Ya nada tiene importancia de verdad. Eres libre. Y tenía razón. A partir del momento en que llevé encima aquel tubo de Immenoctal me

sentí más ligera y más indiferente ante la disciplina del internado y todo lo que decían las monjas.

La chica rubia de Cruseilles se esfumó un buen día. Corrió la voz de que la habían expulsado porque las monjas encontraron en su mesilla de noche libros «prohibidos». Sabía que leía en el dormitorio con una linterna diminuta. A partir de entonces, en clase había un hueco a mi lado. Pero he conservado hasta hoy el tubo de somníferos que me dio y a veces me arrepiento de no habérmelo tomado de golpe.

Pasaba las vacaciones de verano en casa de mi tía, en Veyrier-du-Lac. La ayudaba a limpiar y a hacer la compra en las villas de los alrededores. A cambio me daba algo de dinero para mis gastos. A los catorce y a los quince años, aparentaba más edad. Una tarde, estábamos trabajando mi tía y yo en la villa de un abogado de París que iba todos los veranos a Chavoires y él le dijo, con su voz grave: «Su sobrina es moza nueva en que no hay trampa vieja». Me sonreía de pie, en su biblioteca, con el pelo blanco peinado hacia atrás en ondas de un gris azulado. Trampa vieja. Yo no sabía qué quería decir eso y me entró miedo. El mismo miedo que cuando había oído decir que mi padre era un «cabeza loca».

En las villas, los chicos y chicas de mi edad me hablaban a veces. Pero yo notaba la distancia que nos separaba. Clase media alta, hijos e hijas de buena familia. Procedían de Lyon y, en menor número, de París. Otros habían nacido en esa zona. Iban asiduamente a la playa del Sporting de Annecy, a jugar al tenis, a la escuela de vela de Les Marquisats. Daban guateques. Llevaban ropa de tenis, flequillos con raya al lado, mocasines, blazers. Bien es cierto que sólo los veía de lejos.

El verano de mis dieciséis años trabajamos en una villa grande de Talloires. Por la noche, mi tía y yo servíamos la mesa. El señor y su mujer recibían muchos invitados. Por las tardes, iban a jugar al golf a Aix-les-Bains. La mujer era una rubia muy distinguida. Tenían cuatro hijos, dos hijas más o menos de mi edad, un hijo de diecinueve años y otro de veinticinco que estaba haciendo la mili en Argelia.

Aquel verano, había ido a Talloires con un permiso largo. Era rubio con un flequillo con raya al lado y una cara que a mi amiga Sylvie le habría parecido «romántica». Con frecuencia se las daba de soñador o de atormentado, pero les hablaba a sus hermanos con voz autoritaria y los despertaba temprano para ir a jugar al tenis o al club de vela de Les Marquisats. Por la mañana, en el parque de la villa, los dos hermanos organizaban lo que ellos llamaban concursos de «flexiones». Se trataba de ver quién aguantaba más en el césped con el cuerpo en horizontal y estirando y doblando los brazos. Yo le hacía la cama y le limpiaba la habitación y me había fijado, en la mesilla de noche, en un libro cuyo título recuerdo aún: *Cómo pasa el tiempo*…

En la pared, cerca de la cama, una foto grande de su madre y, encima del escritorio, un puñal con su funda de cuero.

Lo había visto jugar al tenis en varias ocasiones y en cada una de ellas con una chica diferente. Por lo que había podido entender, era el ojito derecho de su madre y él también estaba muy apegado a ella.

Conmigo se portaba de forma desdeñosa. Una noche me pidió con tono seco que le sirviera un zumo de naranja. Una mañana, con expresión más amable, pero como si se tratase de algo evidente, que le limpiara los mocasines. Otro día me dijo: «Si ve a mamá, dígale que paso la velada en Ginebra…» Era la primera vez que oí decir «mamá» así. Yo, si le hubiera hablado de mi madre a alguien, habría dicho sencillamente «mi madre».

Una noche, a eso de las nueve, me quedé sola con él. Estaba en la cocina de la villa, acabando de fregar los platos. Me dijo:

—Me gustaría que me sirviera un whisky en el salón…

Preparé la bandeja con la botella, el agua Perrier, los cubitos de hielo y el vaso.

En el salón, la luz de la lámpara arrojaba cierta penumbra. Él estaba sentado en el sofá. Puse la bandeja en el centro de la mesa baja y larga. Notaba que me estaba mirando. Parecía apurado, casi tímido.

—¿Qué edad tienes?

Me lo había preguntado con brusquedad. Le contesté que dieciséis años. Hubo un silencio.

—¿Y sales con un chico?

Le contesté que no. Tomó un trago de whisky allí sentado, delante de mí. Yo seguía de pie.

—Yo a tu edad salía con muchas chicas…

Tenía un tono arrogante, como si quisiera darme lecciones. Yo tenía ganas de irme del salón. Me dijo con voz seca:

—Eres una chica guapa, ¿sabes?

Luego, se le crispó la cara y me dijo, muy deprisa:

—¿Querría usted subir a mi cuarto?

No sé por qué subí. Encendió la lámpara de la mesilla. Me presionó los hombros para que me sentase en

el borde de la cama. Luego me besó. Un beso largo, muy aplicado, como los que me daban los chicos a los trece años, cuando miraban el reloj y jugábamos entre varios al «beso que durase más rato». Me extrañó un poco que me diese un beso así a su edad. Con un empellón brusco me tiró de espaldas en la cama y se echó, pegado a mí. Volvió a besarme en la boca, siempre con ese mismo tipo de besos «que durasen más rato». Se separó un poco de mí. Allí estábamos, echados, uno al lado de otro. No me atrevía a levantarme. Encendió un cigarrillo. Parecía nervioso. Me ofreció uno. Le dije que no. Me preguntó:

—¿Eres una muchacha de verdad?

¿Qué era eso de una muchacha de verdad? No contesté nada.

—Quiero decir que… si eres virgen.

Me lo había preguntado de la misma forma fría e insistente que un médico. Le contesté que no lo sabía. Desvié la cara. Mis ojos se posaron en el retrato de su madre.

Luego se tumbó encima de mí. Creí que iba a asfixiarme. Se refregaba contra mí, pero como no se había desnudado, no sucedía nada. Otra vez el «beso que durase más rato». No me daba ni frío ni calor. Notaba que él tampoco se lo creía y seguía sin írseme de la cabeza esa pregunta que me había hecho con tono de médico, pero también de cura. Me preguntaba si se comportaba igual con las demás chicas, las del tenis. Nunca era la misma chica. Seguía aplastándome con su peso. Intentaba besarme en el cuello con demasiada insistencia. Resultaba muy trabajoso. Se estaba forzando. Se apartó de nuevo y me pregunté si debía quedarme. Ya no tenía ni idea de qué hacía yo allí. En la foto, su madre nos miraba.

—¿Quieres que te lea algo muy hermoso?

Me sorprendió la pregunta. Alargó el brazo hacia la mesilla de noche y cogió aquel libro que se llamaba *Cómo pasa el tiempo*…

—Es muy hermoso… Este fragmento se llama «La noche de Toledo».

Empezó a leer con esa curiosa voz afectada de médico y de cura. La descripción de la noche de amor que pasaba una pareja en una habitación de hotel en Toledo: «Están desnudos, con los cuerpos pegados… En la inocencia del jardín, mientras fuera la noche española…»

Seguía leyendo: «Cuerpo de hombre joven, de pie ante su presa… Fraternal batalla…»

Acabé por soltar una carcajada. Me miró fijamente, con la boca abierta. Dejó el libro entre nosotros dos. De repente tenía una mirada muy dura y los labios aún más finos que hacía un rato. Yo no podía parar de reírme.

—Lárgate, fregona de mierda…

Era una palabra ridícula que ya nadie empleaba, pero seguramente había querido humillarme con ella. Me puse de pie y me quedé un momento delante de la puerta. Le miraba directamente a los ojos y él no conseguía hacerme bajar la vista. Tenía los labios más delgados aún. Hubiérase dicho que iba a insultarme con voz de falsete. O con voz de mujer, como la de su madre. O que iba a soltar un silbido de serpiente.

Las tardes y las noches de vacaciones que mi tía me dejaba libres, dos veces por semana, cogía el autobús de Annecy. La parada estaba a la altura del plátano grande, pero del otro lado de la carretera, delante de la iglesia. Qué gusto ir en sentido contrario al internado… No llegaba a la parada final. Bajaba en la del Casino.

Me reunía con Sylvie, mi amiga del internado. Quedábamos en un café que se llamaba Le Reganne, a la derecha, pasada la calle de Le Paquier. Sylvie me llevaba dos años. Había salido del internado después de las vacaciones de Navidad y, como sabía escribir a máquina, le habían ofrecido un trabajo de poca monta en la Prefectura. En verano, dormía en su casa cuando íbamos al cine a la sesión de las nueve de la noche. Mi tía me dejaba a condición de que estuviera de vuelta en Veyrier-du-Lac a las siete en punto de la mañana siguiente para ir a trabajar a las villas. Era lo único a lo que le daba importancia.

Deambulábamos por las calles y las tiendas e íbamos a la playa de Les Marquisats. A eso de las seis de la tarde tomábamos algo en la terraza de La Taverne, bajo los soportales, o en la terraza del café del Casino. Lo más agradable a aquella hora era saber que la velada se iba a prolongar hasta medianoche.

En La Taverne, a media tarde, había mucha gente. Chicas y chicos mayores que nosotras volvían del Sporting. Pedían bebidas alcohólicas, cócteles complicados. Otros detenían los coches descapotables al borde de la terraza y tomaban un whisky o un zumo de naranja allí, sentados en el capó. Los chicos de alrededor nos sonreían. Sylvie era tan rubia como morena era yo, pero teníamos los ojos del mismo color: azules. Y en mí además —por lo visto— no «había trampa vieja», pero eso no me daba confianza en mí misma.

Nos invitaban a sus mesas. Nos llevaban cinco, diez y, a veces, veinte años. Acabé por conocerlos… Jacques, a quien llamaban «el Marqués», uno rubio y alto que llevaba gafas oscuras y chaquetas verdes y

hacía apuestas peligrosas; Pierre Fournier, que llevaba un gato abisinio atado con una correa y gesticulaba con un bastón con empuñadura; Dominique, la morena; pasaba bajo los soportales siempre con cara de estar pasando frío, con la chaqueta de cuero negro con el cuello alzado. Decían que llevaba una vida «misteriosa» en Ginebra… Zazie, Pimpin Lavorel, Rosy la Rubia. Claude Brun y Paulo Hervieu: una noche nos llevaron al cine a ver *La bella americana*, una película que les gustaba mucho y que se sabían de memoria porque —nos decían— la habían visto «cincuenta y tres veces…». Y tantos otros cuyos nombres no recuerdo ya. Pero Sylvie y yo éramos un poco hurañas. La mayoría de las veces nos quedábamos aparte. Sylvie me hablaba de sus proyectos. No quería quedarse allí. Confiaba en encontrar trabajo en París. Un primo de su padre regentaba un café allí, en el barrio de Vaugirard. Era un nombre que nos hacía soñar: VAUGIRARD.

¿Y yo? Sylvie me preguntaba si me iba a quedar mucho tiempo en el internado. Yo tenía la esperanza de que no. Me habría gustado trabajar, como ella, en la Prefectura y dejar de depender de mi tía. Hacíamos planes. Al año siguiente Sylvie se las apañaría para irse a París. Alquilaría una habitación y yo iría, llegado el momento, al barrio de Vaugirard.

Habríamos podido pasar todas las veladas con aquellos con quienes nos cruzábamos en La Taverne y que nos habrían invitado a cenar de restaurante e incluso nos habrían llevado a discotecas de Ginebra. Pero preferíamos quedarnos las dos a solas.

Sylvie era una chica más sensata que yo. Soñaba sencillamente con irse y tener un buen trabajo en París, en el barrio de Vaugirard. Yo le aseguraba que quería irme, igual que ella, para encontrar un GRAN AMOR. Aquí no lo encontraría nunca. Y a ella le daba risa.

A las nueve íbamos al cine. Una noche al Splendid y otra al Hollywood de la calle de Sommeiller. E incluso a esos en que las entradas eran algo más caras, el cine del Casino y el Vox, cerca de La Taverne. En el descanso, tomábamos bombones helados de palito.

Habíamos dejado las bicicletas apoyadas contra un árbol, a la entrada del paseo de Le Paquier. A las doce de la noche todo estaba en silencio. Volvíamos a casa de Sylvie pedaleando despacio, una junto a otra, a lo largo del lago, bajo la bóveda de hojas de la avenida de Albigny.

Aquel domingo de finales de septiembre y del comienzo de curso en que estaba esperando el autobús que me llevaría de vuelta al internado, aquel domingo me pareció especialmente triste. Había que coger el autobús más pronto que de costumbre, a las cuatro de la tarde, para llegar allá arriba antes del rezo de vísperas.

Esa noche, en el dormitorio, no pude conciliar el sueño. Había perdido la costumbre de acostarme temprano. Me llegó el sueño a eso de las dos o las tres de la mañana, pero de vez en cuando me despertaba sobresaltada y no sabía dónde estaba, con aquellas luces piloto azules.

En clase, ninguna chica se sentó a mi lado para sustituir a la rubia de Cruseilles. Yo prefería que el sitio siguiera vacío. Otra vez volvía a llevar en el bolsillo el tubo de Immenoctal. Durante los dos meses de vacaciones lo había tenido escondido en un cajón, en casa de mi tía. Ahora todo volvía a empezar.

Sucedió una cosa muy curiosa. Durante el mes de octubre comprendí que ya ni siquiera necesitaba ese tubo de Immenoctal para infundirme valor. Aceptaba la disciplina. Dormitorio, aula de estudio, cuarto de costura, patio cubierto, refectorio, capilla. Pero eran cosas que ya no iban conmigo. Estaba en otra parte. Me daba la impresión de estar oyendo un disco desgastado. Hacía un esfuerzo mínimo para seguir oyendo la antigua música, pero aquello no tardaría en acabar.

Las monjas se habían dado cuenta de ese cambio. Les sonreía, pero ya no las escuchaba. Olvidaba las normas. Una mañana, me desnudé del todo para asearme y así crucé el dormitorio hasta mi cama y me eché un momento, desnuda, encima de la cama. Si hubiera tenido un paquete de cigarrillos, me habría fumado uno, echada y mirando al techo. Las monjas y las alumnas me miraban estupefactas. Había tenido un momento de distracción.

La superiora me echó una reprimenda. Yo le sonreía. En un momento dado, me dijo:

—Parece usted ausente… ¿Me oye?

Creí que iba a zarandearme, agarrándome de los hombros, como si hubiera querido despertarme. Yo estaba tan lejos… Había dejado de oírla.

Durante los pocos días de vacaciones de Todos los Santos, me distancié aún más de lo que era mi vida en el internado. Me daba la impresión de que, desde el comienzo de curso, en septiembre, no había vuelto allá arriba, sino que, en mi lugar, había enviado a una hermana gemela.

Esperaba a Sylvie a mediodía, ante la Prefectura. Íbamos a tomar un bocadillo a Le Reganne. Volvíamos

a hacer planes de futuro. Soñábamos con Vaugirard. A Sylvie parecía extrañarle que no tuviera en cuenta el internado en mis proyectos, pero no me atrevía a decirle que, en pensamiento, ya me había marchado de allí.

A las dos, la acompañaba a la Prefectura y quedábamos para la noche. Igual que en verano, íbamos a ir las dos al cine.

Me quedaba sola, andando por la avenida de Albigny. No sabía muy bien qué hacer para pasar el tiempo. Aparte de Sylvie, no tenía a nadie a quien contarle nada. Me acordaba de mi padre. Había alguien en Annecy que lo había conocido bien, un tal Bob Brune, que regentaba un café delante de Correos. Sólo lo había visto una vez, cuando tenía doce años. El médico me envió a urgencias a una clínica porque tuve un ataque de apendicitis aguda. Me operaron y me quedé una semana en esa clínica. El día en que salí, el tal Bob Brune vino a buscarme y estuvo muy simpático. Me fijé en que firmaba unos papeles en la oficina de la clínica y en que les daba dinero. Más adelante, entendí que mi madre y su marido, por racanería, le habían pedido a Bob Brune que pagase la clínica. Sentí vergüenza por ellos y por mí.

El viernes por la tarde, día de Todos los Santos, fui calle Royale arriba con el corazón palpitante. Estuve yendo y viniendo por delante de Correos y, luego, me decidí.

Era esa hora de la tarde en que no hay nadie. El café estaba vacío. Con la excepción de ese hombre, detrás de la barra, que se llamaba Bob Brune. Un individuo rechoncho de cara ancha y pelo rojo. No había cambiado desde que yo tenía doce años. Estaba leyendo el periódico. Me acerqué.

—¿Señorita…?

Había alzado la cabeza del periódico. Me había mirado, pero no parecía verme. Le dije:

—Soy la hija de…

No conseguía articular el nombre de mi padre. De repente tenía miedo de que ya no lo recordase.

Frunció el ceño y esta vez me miró como es debido. Me dijo:

—¿La hija de Lucien?

Nos quedamos un momento mirándonos en silencio. Creí que iba a echarme a llorar. Pero él me dijo, como si fuera una simple clienta:

—¿Qué va a tomar?

Recobré la calma. Puso, para los dos, un coñac, sin preguntarme mi opinión.

En la calle Royale, la cabeza me daba vueltas por el coñac y por todo lo que me había contado de mi padre. Un cabeza loca. A los veinte años hacía las mil y una. Y siguió igual durante la guerra. El maquis. Luego no pudo adaptarse. La vida tranquila no era lo suyo. Traficó con oro en la frontera suiza. Mujeres. Bajones de ánimo. Siempre recitaba el mismo poema: *Recuerdo / los días pasados*… «Y tu padre, cada vez que nos daba la mano, solía decir en broma: "¿Seguimos con cinco dedos?"» Estuvo también la temporada del taller de automóviles de Les Balmettes… Las palabras se atropellaban y yo no sabía mucho más que antes; sólo que mi padre había caminado por las mismas calles que yo. También él debía de haber tomado algo en la terraza de La Taverne. Había ido al cine Vox. Me parecía, al ir calle Royale abajo, que iba andando en su sombra. Mi madre y mi tía nunca me habían hablado de él, como si quisieran olvidarlo y fuera, efectivamente, una gran mancha de sombra. Y ahora comprendía que, para ellas, yo era parte de esa sombra. Por eso me mostraban esa indiferencia y me miraban siempre con desconfianza. No me querían. Yo tampoco las quería. Estábamos en paz.

No me había dado cuenta de que iba por la avenida de Albigny y había dejado atrás la Prefectura. Iba en línea recta y había empezado a llover. *Recuerdo los días pasados*. Tendría que aprender ese poema.

El lunes siguiente al día de Todos los Santos quedamos Sylvie y yo, como de costumbre, en Le Reganne. Quería hablarle de mi padre, pero no encontraba las palabras. También la víspera, cuando íbamos por el paseo de Le Paquier y nos cruzábamos con toda aquella gente endomingada con sus niños y sus perros, tenía ganas de hacerle confidencias. Pero me quedé callada y pensaba que, entre todas aquellas personas, alguien habría conocido a mi padre.

Por la noche, fuimos al cine, pero no conseguía enterarme del argumento de la película. Tenía que volver con las monjas, y esa perspectiva, por primera vez, me daba ganas de reírme. Como si me obligasen a vestirme con la ropa que llevaba de niña. En tres días, me daba la impresión de que había envejecido diez años.

Estaba esperando el autobús delante del plátano. Estaba sola. Era de noche. Durante el día me había preguntado si iba a nevar. Los mismos sucesos —la nieve, Todos los Santos, las hojas secas, los aguaceros de marzo— volvían siempre en las mismas fechas. Entrábamos en el invierno. Volveríamos a pasar frío en los

dormitorios, tanto frío que ya no nos desnudaríamos en absoluto y tampoco nos apetecería ya lavarnos con agua fría. Y las horas del recreo las pasaríamos en los soportales del patio cubierto, porque nevaba, ese patio cubierto al fondo del cual estaba la hilera de retretes cuyas puertas no cerraban. Y no podía decirle a nadie que todo aquello no tenía sentido para mí. Mi padre sí me habría entendido.

Noté que estaba a su sombra. No sabía ya por qué esperaba delante de aquel plátano. Me entraron ganas de reírme. Un cabeza loca. Bajones de ánimo. Crucé la carretera.

El autobús se detuvo a la altura del plátano. A lo mejor el conductor estaba esperando a que me subiera. Pero no había nadie. Yo estaba al otro lado de la carretera. Veía por las ventanillas las cabezas de los pasajeros sentados y a los demás de pie en el pasillo. Hubiérase dicho que había más gente que de costumbre. La puerta se cerró de golpe. El autobús arrancó con su ruido de motor asmático. Pasaría por delante de la villa de Los Tilos, del castillo de Menthon-SaintBernard y del cementerio de Alex. Siempre el mismo camino.

Cogí el otro autobús, el que iba a Annecy, que venía en sentido contrario y paraba delante de la iglesia. Sólo había tres pasajeros, tres individuos de uniforme. Debían de volver al cuartel, de la misma forma que yo habría debido regresar al internado. Hablaban alto y por un momento pensé que iban a incordiarme. Cuando el autobús dejó atrás la curva de Chavoires y entró en la recta que va siguiendo el lago, me entró el pánico. Me preguntaba qué iba a hacer en Annecy. No llevaba dinero. Me bajé en la parada del Casino.

Nadie. A mi espalda, la avenida de Albigny, desierta, con sus árboles que se habían quedado sin hojas. Bajo el resplandor pálido de las farolas, parecía huir en línea recta hasta el infinito. El café del Casino estaba cerrado, pero brillaba una luz detrás de la cristalera del primer piso. Había unas siluetas sentadas alrededor de una mesa. El Club donde algunas de las mujeres en cuyas villas trabajábamos jugaban al bridge una vez por semana.

También había una luz a la entrada del cine. El surtidor de agua estaba cortado. Ni un coche. Todo estaba en silencio. Dejando aparte las siluetas de detrás de la cristalera, hubiérase dicho que sólo quedaba yo en la ciudad. Notaba una sensación de vacío. Volvió el pánico. Estaba sola y no me quedaba ya ningún recurso en esta ciudad muerta. No me atrevía a buscar refugio en casa de Sylvie. Estarían sus padres. Tendría que darles explicaciones. No quería comprometerla. A lo mejor salía de este sueño. Pero ¿dónde iba a encontrarme? ¿En el dormitorio del internado?

Fui por la calle Royale con la esperanza de reunirme, en su café, con el tal Bob Brune que había conocido a mi padre. Le pediría que me ayudara. Andaba deprisa. Intentaba respirar de la forma más regular posible. El pánico seguía presente. En la calle de La Poste, el café estaba cerrado. Fui por la calle Royale en sentido contrario. Mis pasos retumbaban en la acera. La oscuridad no era completa. El escaparate de la librería estaba encendido. Y también la entrada del Hotel
d'Angleterre.

Llegué al final de la calle de Le Paquier, a la altura de La Taverne. Me metí en los soportales. La entrada del Vox estaba encendida. Una mujer sentada detrás del cristal de la taquilla, donde se sacan las entradas. Caminaba al azar. Sentí vértigo. Giré a la derecha siguiendo los soportales. Mis pasos retumbaban más aún que en la calle Royale. Di media vuelta. Volví a pasar por La Taverne. Miré por la luna de la fachada. El local estaba vacío. Con la excepción de tres personas, al fondo del todo, en una mesa. Reconocí a la chica sentada en el asiento corrido: Gaëlle, una rubia, una antigua compañera del colegio SainteAnne. Ya por entonces se pintaba. Ahora trabajaba en una perfumería de la calle Royale.

Entré y fui hacia esas mesas. Gaëlle y los dos individuos me miraban fijamente con expresión alarmada. Debía de tener una cara muy rara porque uno de los individuos me preguntó:

—¿Se encuentra mal?

Los tubos de neón que recorrían la pared me deslumbraban. No les veía muy bien la cara. Uno de los individuos me cogía del brazo y me sentaba en el asiento corrido, junto a Gaëlle.

—Un coñac… Le sentará bien.

Me bebía el coñac despacio. Tenía razón, me estaba sentando bien. Me acostumbraba a las luces de neón. Todo recobraba la nitidez a mi alrededor. Incluso veía las cosas con mayor nitidez que de costumbre, como en las películas en relieve. Y también lo que decían sonaba más alto.

—¿Se encuentra mejor?

Me sonreía. Gaëlle y el otro individuo me sonreían también. Los había reconocido a ambos. El que me había hecho sentar era Lafon, un joven moreno de unos treinta y cinco años, de cara redonda, que no paraba de reírse y de hablar las noches de verano en la terraza de La Taverne. Invitaba a unas copas, se juntaban mesas y ocupaba el lugar de honor en medio de toda aquella gente. Era viajante de tejidos entre

Lyon y Suiza. El otro también era cliente de La Taverne en verano. Un joven moreno y delgado, algo más joven que Lafon. Se llamaba Orsini. Decían que vivía en Ginebra. No se sabía gran cosa de él.

Gaëlle me preguntó qué hacía allí sola. Les dije que no había vuelto al internado porque había perdido el autobús.

—¿A su edad y todavía está en el internado? —me preguntó Lafon.

Orsini parecía tan extrañado como Lafon.

—¿Qué edad le echáis? —preguntó Gaëlle.

—Veinte años —dijo Orsini.

—Tiene dieciséis, como yo —dijo Gaëlle.

—Cuidadito —dijo Lafon alzando el índice muy serio—. Nada de bromas esta noche… Tenéis veintiún años… Sois mayores de edad.

Y era cierto que no habría sido imposible creer que Gaëlle y yo teníamos veintiún años.

—Mañana por la mañana la llevamos al internado —me dijo Orsini.

Me pregunté por qué mañana por la mañana.

—Pues claro —dijo Gaëlle—. No pasa nada porque se te haya escapado el autobús…

Iba tan maquillada como de costumbre, con los ojos y los labios pintados, y llevaba el pelo moreno con melena corta. Parecía que acababa de salir de la peluquería. Tenía las uñas largas y pintadas de rojo. Menos la uña del dedo medio de la mano derecha, cortada al ras. Habría preferido encontrarme con Sylvie. Pero Sylvie ya llevaba mucho tiempo en casa a esas horas.

—¿Viene a cenar con nosotros? —me preguntó Orsini.

Me notaba entumecida. Me puse de pie y anduve con ellos por los soportales como en un sueño. Todo era fácil, simplemente me deslizaba. El coche estaba aparcado en la esquina de la calle de Le Lac y esa presencia me parecía insólita, como si fuera el único coche de la ciudad.

—Qué pereza me da andar —dijo Lafon.

Gaëlle se sentó delante con él. Atrás, íbamos muy estrechos Orsini y yo, porque había una maleta de cuero en el asiento. Me rodeaba los hombros con el brazo. Lafon arrancó. Me eché a reír. Debían de ser, seguramente, el coñac y el pánico que había sentido hacía un rato. A lo mejor me volvía más adelante. No había que pensar en ello, sino dejarse llevar. Ya ni sabía por qué estaba en aquel coche.

L’Auberge
de Savoie estaba tan vacío como La Taverne. El maître nos dio la carta. No tenía hambre. Había pasado muchas veces por delante de aquel restaurante, siempre que cruzaba la plaza de SaintFrançois, y ni me habría imaginado que un día… Creía que
L’Auberge
de Savoie era sólo para los ricos, los que vivían en las villas donde trabajábamos mi tía y yo.

Todos escogieron lo que iban a tomar. Gaëlle también. Me asombraba su aplomo. Escogió foie gras y ostras. Quería que yo tomase lo mismo, pero me daban arcadas. Lafon me preguntó si prefería carne.

—Está muy pálida —dijo Orsini—. Tiene que alimentarse.

Me miraba con simpatía. Pero ¿se le podía creer de verdad?

—No irás a negarte a cenar —dijo Gaëlle—. Sería una grosería…

Adoptaba un tono muy serio. Hubiera podido pensarse que había recibido una educación esmerada.

—¿Hace mucho que os conocéis? —preguntó Lafon como si me leyese el pensamiento.

—Fuimos al colegio juntas —dijo Gaëlle.

—Vaya cosas raras que debían de aprenderse en ese colegio —dijo Orsini con sonrisa simpática pero que debía de ocultar algo.

Como insistían, acabé por tomar una macedonia y un helado. Lafon había pedido champán. Yo era la única que no lo tomaba.

En la plaza de Saint-François, tuve miedo de que me dejasen sola. Orsini me cogió por los hombros. Me sentí aliviada. Habría ido con ellos a donde fuera.

Nos subimos al coche, en los mismos sitios que la vez anterior. Gaëlle se volvió hacia mí.

—No te preocupes por el internado. Tenemos la noche por delante… Yo también tengo que ir a trabajar mañana a las ocho…

Lafon arrancó. Querían ir a Le Cintra, de la calle de Vaugelas. La mano de Orsini me oprimía el hombro.

Nadie. Ni un coche. Habían apagado el cine del Casino y la cristalera del primer piso. Cuando vi la avenida de Albigny desierta y tan recta bajo el resplandor de las farolas, volvió el pánico.

La calle de Vaugelas estaba en tinieblas. Divisé la lucecita roja de Le Cintra. Cuando entramos, el hombre que estaba detrás de la barra se sobresaltó, como si se hubiese quedado amodorrado.

—Íbamos a cerrar…

—Ya ve —dijo Lafon—. Siempre hay sorpresas agradables de última hora…

Nos sentamos a una mesa. Me apetecía beber para calmar el pánico. Pregunté si podía tomar un whisky. Gaëlle me pasó la mano por el pelo con un gesto que pretendía ser protector.

—Tú también le estás cogiendo el gusto, ¿eh? Deberías tomarlo con soda…

Brindé con los demás. Tomé un sorbo largo. Sabía amargo, pero el pánico se iba disipando.

Ya no necesitábamos hablar, el hombre de la barra había puesto música. Gaëlle apoyaba la mejilla en el hombro de Lafon y, con un guiño, me indicaba que debía hacer otro tanto con Orsini. Yo estaba dispuesta a lo que fuera con tal de que no me volviera el pánico. Mis ojos se posaron en un cartel colocado en la pared: *Protección de los menores contra la embriaguez pública*. Sentía ganas de reírme. ¿Quién me había protegido a mí? Se me mezclaba todo en la cabeza. El individuo de la villa de Talloires en la cama leyéndome «La noche de Toledo». Y la foto de su mamá —como decía él— en la pared del cuarto. A mí, mi madre no me había protegido nunca. La única vez que me acompañó al internado lo hizo a las cuatro de la tarde, en vez de a las siete, para librarse antes de mí. Todos los domingos, yo me hacía con dos tabletas de chocolate negro porque en aquel internado nos mataban de hambre. Mi madre, aquel domingo, le dijo a su marido que parase el coche delante de una panadería y entramos las dos en la tienda para comprarme el chocolate. Pero, al ir a pagar, se dio cuenta de que no llevaba dinero encima. Pensé que se lo iba a pedir a su marido. Me dijo, con expresión apurada:

—No le digas nada… Ya te compraré chocolate otro día…

No quiso pedirle nada. Prefería que él se ahorrase algo de dinero y dejarme a mí morirme de hambre. Yo le importaba un bledo. Me impresionó esa historia del chocolate.

—Parece triste —me dijo Orsini.

Me miraban los tres en silencio. Gaëlle tenía la vista clavada en mis zapatos.

—La verdad es que deberías comprarte otros zapatos…

A lo mejor quería darme lecciones de elegancia. O, sencillamente, decir algo para que se relajase el ambiente.

—En Cédric los tienen muy bonitos… Mañana te los enseño…

Al final, se pusieron a bailar. Gaëlle con Lafon. Y luego con Orsini. Yo les dije que no sabía bailar. Lafon y Orsini insistieron por turno, pero yo me negué. Ya no les escuchaba. Sólo escuchaba la música, una música triste y velada, y me daba la impresión de que no llegaba del exterior, sino de mí. Una de esas músicas que no se oyen por el barullo de las conversaciones y cuya melodía suena, muy tarde, en el silencio, antes de que vuelva a quedar ahogada. Se les difuminaban las caras, movían los labios para hablar, pero yo no los oía. Se me había olvidado dónde estaba y las circunstancias que me habían arrastrado hasta aquel sitio. Una pareja bailaba. Siempre la misma. Gaëlle y Orsini. Lafon y Gaëlle. Y yo sólo era ya esa música lejana que parecía que iba a interrumpirse, pero que volvía a empezar, cada vez más lenta, como si quisiera aprovechar el silencio para que se la oyera un poco.

En la calle de Vaugelas, me di cuenta de repente de que ya no tenía la bolsa de viaje que me llevaba todos los domingos al internado con ropa limpia y las tabletas de chocolate. Me la había dejado olvidada antes, en La Taverne.

Esta vez se puso al volante Orsini y yo me senté a su lado. Lafon le dijo que los dejase primero a él y a Gaëlle en el Hotel
d’Angleterre.
Luego, iría yo con Orsini a buscar la bolsa de viaje si La Taverne no había cerrado aún.

El coche se detuvo delante del Hotel
d’Angleterre
y Gaëlle me pasó la mano por el pelo.

—Hasta luego, guapa —dijo.

Iba, del brazo de Lafon, por el paseo de grava que llevaba al hotel. Trastabillaba un poco. Orsini dio media vuelta y fuimos calle Royale abajo.

La Taverne estaba a punto de cerrar. Ya habían colocado las sillas encima de las mesas y uno de los camareros estaba barriendo el local a la luz de un único tubo de neón. Mi bolsa de viaje estaba allí, encima de una mesa.

—¿Qué, te llevo al internado? —me preguntó Orsini.

Me tuteaba. Metió el coche por la avenida de Albigny y me dije que iba a seguir por esa avenida desierta y recta, bajo las farolas, y tomar luego el camino habitual, el de los autobuses de los domingos por la noche. Pero, al llegar a la altura de la Prefectura, dio media vuelta. Y, en ese momento, tuve la ilusión de que mi vida iba a tomar un derrotero nuevo. Ya se había acabado para mí esa temporada en que todo está en el aire, en que estás en las lindes de todo, un poco como en una sala de espera.

Me parecía que el coche iba cada vez más despacio y que oía la música de antes mientras recorríamos las calles vacías.

Se detuvo a la entrada del Hotel
d'Angleterre.
Fuimos por el paseo de grava hasta la recepción, donde ya no había nadie. Subí las escaleras detrás de él. En el primer piso, un pasillo que iluminaba una luz de emergencia. La llave se había quedado puesta en la puerta de la habitación.

Me cedió el paso. La habitación era grande y estaba medio en penumbra. Al fondo del todo, la puerta entornada del cuarto de baño trazaba un rectángulo de luz. En el rincón de la izquierda, Gaëlle y Lafon estaban echados en un sofá, pero yo apenas los veía. Gaëlle soltaba unos gemidos cada vez más fuertes. Orsini cerró la puerta por dentro con llave y me condujo hacia la cama, una cama con barrotes de cobre. Un rato después, pareció sorprendido. Yo ni siquiera era virgen, según él.

No regresé al internado y nunca volví a ver a mi tía ni a mi madre. No me supuso una gran pérdida. Por mediación de Bob Brune, el antiguo amigo de mi padre, encontré un empleo de camarera en un café-salón de té de la calle de Le Lac, en los soportales. En ese mismo edificio del salón de té me dieron un cuartito en el último piso.

En enero, Sylvie se fue a París. Me dijo que iba a trabajar con su tío en Vaugirard y que lo arreglaría para que fuera yo, como llevábamos proyectando desde hacía tanto tiempo. Al cabo de quince días, recibí una postal suya en que había escrito: «Todo va bien. Hasta pronto. Besos». No me daba sus señas. En el matasellos de París ponía este nombre: «Calle de Les Renaudes». Y no volví a saber nada de ella. Debía de haberme olvidado.

Pasó el invierno y los días eran monótonos. Durante la semana no había muchos clientes en el salón de té. Iban los sábados y los domingos, en las vacaciones de Carnaval y en las de Pascua. Yo no llevaba ya la bata negra del internado con el ribete rojo en el cuello, sino otro uniforme, una falda negra y un delantalito de encaje. Los mismos gestos, las mismas palabras todos los días. Ya no eran dormitorio, estudio, refectorio, capilla. Eran éclairs de chocolate, té con leche, expreso, helado de pistacho, de fresa, macarrón, un poco más de azúcar, por favor, señorita. Por las noches, después del trabajo, tenía libertad para andar por la calle e ir al cine. En esos meses de invierno y primavera no vi casi a nadie. Prefería estar sola. Durante cinco años, en el internado, había vivido continuamente con las demás. Ni un momento del día en que pudiera estar sola, ni una actividad cotidiana que no hiciéramos en grupo: comer, dormir, lavarnos… Al principio, me extrañaba tener un cuarto para mí y me despertaba sobresaltada por las noches pensando que estaba bajo los pilotos azules del dormitorio. Y tenía que encender la lámpara para tranquilizarme. No, ya se había acabado, se había acabado por completo.

Por las tardes, cuando daba un paseo, podría haber ido al parque o al Champ de Mars, por la zona de la avenida de Albigny, esos sitios que atraen a los turistas, con vistas al lago. Iba en sentido contrario. Sin pararme a pensar, mis pasos me llevaban siempre a la plaza donde estaba la estación.

Por las noches, entraba en el vestíbulo de la estación y me sentaba en un banco del andén del que salía el tren para París. Me convencía a mí misma de que iba a cogerlo y a dejar atrás todo cuanto había sido mi vida hasta entonces. Pero, a diferencia de Sylvie, habría querido escapar aún más lejos, a un país donde no hablasen francés, para romper con todo definitivamente.

Volvía a mi habitación. De camino, en la calle Royale, notaba un desánimo. Me quedaría enviscada hasta el final en esta ciudad y nunca encontraría a nadie que pudiera llevarme a otro sitio. Y ese impulso que sentía en mí me daba miedo que se fuera debilitando día a día.

Volvió el buen tiempo. Era el verano de mis diecisiete años. En junio, me avisaron de que no podrían seguir dándome trabajo de camarera al mes siguiente. Entonces me presenté en la recepción del Hotel Impérial, de parte de Bob Brune, para hablar con el portero. Le dije que estaba a su disposición si, entre los veraneantes ricos del hotel, alguien necesitaba una canguro o incluso si había alguna plaza de camarera o de doncella.

El portero me miró con ojos atentos y me prometió que haría cuanto pudiera para encontrarme trabajo.

Luego me dijo:

—Usted llegará lejos…

Repitió:

—Llegará lejos…

A lo mejor quería darme ánimos. Ese día me sentía especialmente desanimada. No tenía muchas perspectivas de futuro. Tres días después, el portero me mandó aviso de que una señora, a quien me había recomendado, me estaba esperando en el Impérial.

Se llamaba señora El-Koutoub, tenía setenta años por lo menos, o incluso más, pero aparentaba cincuenta. Vivía a un tiempo en Lausana y en París y estaba de vacaciones ese verano en el Impérial. Mi papel con ella iba a ser de «señora» de compañía. Tendría también que cuidar a su perro.

Ya en el primer encuentro lo que me llamó la atención en la señora El-Koutoub fue que no tenía en absoluto el talante de las personas de clase alta con las que había tratado en las villas de las orillas del lago. Me hablaba con familiaridad, como si fuera su hija o su nieta, con un acento muy peculiar que, por lo que me explicó el portero, era el de los «arrabales» de París. Me confió también que a los veinte años había sido bailarina. En la actualidad, estaba viuda.

El mes de julio que pasé con ella fue para mí la única temporada buena de aquel verano. Debo decir que el trabajo era mucho menos cansado que el que hacía con mi tía en los veranos anteriores en las villas; e incluso que el empleo de camarera en el salón de té, donde me pasaba todo el día a pie firme.

Tenía que pasear al bóxer de la señora El-Koutoub, al que había puesto de nombre Bobby-Presidiario porque le veía cara de granuja. Yo hacía compañía a la señora El-Koutoub mientras almorzaba en la gran terraza del restaurante del Impérial, de cara al lago. Antes me había ocupado de la comida del perro, que tomaba en la habitación, y me lo llevaba para que se reuniera con su ama en el restaurante del hotel. A las cuatro de la tarde y, luego, a las siete, sacaba el perro a pasear. Luego acompañaba a la señora El-Koutoub al Casino. Se quedaba allí hasta las once y el portero me había explicado que jugaba al bacarrá. Yo cuidaba del perro en la habitación y lo sacaba a eso de las diez para el último paseo. A las once iba a buscar a la señora El-Koutoub delante del Casino y la acompañaba al Hotel Impérial. Entonces me daba un sobre donde encontraba todos los días tres billetes de cien francos. Y una hoja de papel de cartas azul. Arriba a la izquierda estaba grabado:

ÉLIETTE EL-KOUTOUB
Avenida de Le Maréchal-Maunoury, 1
París XVI

Y, cruzando la hoja, trazada con su letra grande, esta palabra: GRACIAS.

El primer día creí que era el sueldo del mes. Le dije que podía pagarme a finales de julio. Pero se encogió de hombros. Me dijo:

—Hijita, vale más que le paguen a una a diario… Fíate de mi experiencia… Es más prudente…

Dos veces por semana, la acompañaba en taxi a Lausana con el perro. Allí era donde vivía casi siempre, en el Hotel Beau Rivage. Y, por lo demás, había decidido a partir de aquel año quedarse allí definitivamente. Después de esta estancia en Annecy no volvería a cruzar la frontera. Me había explicado que Francia y París le traían demasiados recuerdos. En Lausana —me decía—, el tiempo se había detenido. Ya no pensabas en nada. «Es en Lausana donde van a terminar sus días las mujeres como yo, que han vivido varias vidas».

El taxi nos dejaba en el Hotel Beau Rivage, donde la señora El-Koutoub se reunía con unos amigos para una partida de canasta. Yo paseaba al perro por el parque del hotel. Pasada la pista de tenis, íbamos por un camino junto al que corría un prado de césped en cuesta con unas tumbas pequeñísimas, tumbas de perros donde ponía sus nombres y frases en inglés, en francés, en español, en alemán. Las fechas indicaban que esos perros habían vivido en la primera parte del siglo y eran oriundos de diferentes países. Uno había nacido en América. No sólo las mujeres como la señora El-Koutoub acababan sus días en Lausana. Los perros también.

Yo cenaba con Bobby-Presidiario en el hotel. El taxi venía a buscarnos a eso de las once y nos volvíamos los tres a Annecy. En días así la señora El-Koutoub me pagaba quinientos francos.

Me encariñé con ella y con aquel perro. Durante nuestros paseos por el parque del Hotel Impérial o el

del Beau Rivage el perro se paraba de vez en cuando y me clavaba una mirada muy curiosa. Era como si no me tomase muy en serio y quisiera informarme de que por el momento estábamos en buenas manos. Ojalá durase. Muchas veces, en Annecy, a eso de las diez de la noche, me lo llevaba a dar un paseo más largo. Íbamos los dos hasta la plaza de la estación. A la vuelta, no necesitaba ponerle la correa. Debía de saber mucho de la vida, tanto como la señora ElKoutoub.

En el taxi que nos llevaba a Lausana, la señora El-Koutoub era muy cariñosa conmigo y me hacía preguntas sobre mi vida. Un día, me apretó el brazo y me dijo, sonriendo:

—Tú me parece que eres del mismo temple de las Éliette El-Koutoub.

En ese momento, no la entendí muy bien. Los hombres —me había dicho— la habían colmado «en todos los planos» y creía que a mí me pasaría lo mismo aunque no tuviéramos el mismo físico. A mi edad, ella había sido una rubia con mirada esmeralda. Le habría gustado darme consejos, pero opinaba que el mundo había cambiado desde los tiempos en que ella era joven. Los hombres ya no eran hombres de verdad. Se habían vuelto avaros y mezquinos. Unos pobretones. Le dije que a mí lo que me interesaba no era el dinero, sino un gran amor.

—El dinero no está reñido con un gran amor, ¿sabes?

De repente estaba pensativa e incluso triste. En la carretera de Lausana, el taxista solía encender la radio. Aquel verano, ponían muchas veces por la radio una canción que a la señora El-Koutoub y a mí nos gustaba mucho:

El amor es como un día;
se va, se va el amor…

Una mañana, al llegar al hotel, el portero me dijo que la señora El-Koutoub ya no estaba. Se había ido durante la noche con Bobby-Presidiario sin dar explicaciones. Me había dejado un sobre. Mil francos en billetes de cien francos y «Gracias» con su letra grande.

Me apenó que se fuera. La gente tiene la curiosa manía de esfumarse… En los días siguientes pensé mucho en la señora El-Koutoub, en su perro, en Sylvie, en mi padre. Por la noche, los pies volvieron a llevarme a la estación y al café de la calle de La Poste.

Bob Brune estaba haciendo caja detrás de la barra y se disponía a cerrar el café. Precisamente se alegraba de verme. Había encontrado unos cuantos recuerdos de mi padre que quería darme.

Un maletín de cuero marrón claro. Había en él libros, fotos, un revólver y balas en una cajita. Sacó el revólver y me explicó que era el que usaba mi padre durante la guerra y «después». Era un tirador excelente. Se empeñó en enseñarme el funcionamiento del revólver o, más bien, la «pistola automática». Aunque no me gustan las armas, atendí a la demostración. Bien pensado, para entender mejor a un padre, hay que intentar seguir sus pasos y repetir los mismos gestos que hacía él. En las fotos, mi padre estaba con frecuencia con una mujer, pero nunca era mi madre.

Por la noche, empecé a leer los libros que había leído él, ya que estaban en el maletín:

La calle del gato que pesca
Mermoz
Manual de alpinismo
Manual de camuflaje

Y un librito verde pálido: *Antología de los poetas del siglo XIX*, en que había subrayado dos versos: «Recuerdo / los días pasados…», pero no por eso sabía más de él.

A finales del mes de agosto, el portero me habló de unos clientes del Impérial que necesitaban una canguro. Una pareja muy rica en la treintena, el señor Frédéric Aspen y señora. La señora era una rubia desdeñosa que siempre parecía enfurruñada. No me dijo ni una palabra y apenas si la vi. El señor me desagradó nada más verlo: un francés, desdeñoso también, con caprichos de niño mimado. Tenía permanentemente alquilada la pista de tenis del hotel porque no soportaba que nadie jugara en esa pista si él no estaba. También había alquilado un fueraborda y se pasaba el día haciendo esquí acuático con su mujer. Era cortante, pero quería someter a su encanto a todos a los que estimaba inferiores. Por eso me dijo:

—No…, no me llame señor… Es una tontería entre nosotros…

Y me clavaba una mirada despectiva y divertida a un tiempo bajo los párpados caídos. Pero yo me obstinaba en llamarlo señor. Era rubio, de pelo rizado, casi crespo, cutis tostado y ojos azules, de quien el portero me había dicho que se parecía al «heredero de la corona de Italia», como si yo fuera a saber a quién

se refería.

Estuve tres días cuidando a sus dos hijos. Me los llevaba a que se bañasen en la playa del Sporting. Luego los llevaba a almorzar a la terraza del restaurante y los acompañaba a su cuarto para la siesta. Piscina otra vez a las cinco. Luego, la cena, a las siete y media en su cuarto, al lado del de sus padres. A las nueve, a la cama. Esperaba hasta las doce a que volvieran los señores Aspen. Leía uno de los libros de mi padre: *La calle del gato que pesca*. Al cabo de tres días, se fueron con sus hijos a Ginebra, donde vivían. Pero al día siguiente el señor Aspen llamó al portero. Volvían a necesitar una canguro durante una semana en Ginebra, hasta que el aya de los niños volviera de vacaciones. Y les habría gustado que fuera yo. No sé por qué acepté. Seguramente para ganar algo de dinero antes de irme definitivamente de la comarca. ¿Para ir adónde? Aún no lo sabía, pero quería que fuera lo más lejos posible. Y además el portero me aconsejó que fuera. Sentía cierto respeto por el señor Frédéric, quizá por su parecido con el heredero de la corona de Italia. Me explicó que el abuelo de señor Frédéric, un francés, había hecho fortuna en América antes de la guerra merced al invento de un material plástico que se usaba mucho en la industria. El señor Frédéric había heredado hacía diez años de su abuelo. Vivía de su fortuna en Suiza y en América y, claro está, esa fortuna era tan considerable que el señor Frédéric se sentía un tanto por encima de las leyes y de las contingencias que tienen que soportar el común de los mortales. Pasaba con frecuencia unos cuantos días en el Impérial de Annecy porque su madre lo había llevado allí de pequeño. Además, era conmovedor lo mucho que quería a su madre. Este comentario del portero debería haberme despertado desconfianza. También el otro, el de Talloires, quería mucho a su madre.

Tenía que presentarme en casa de los señores Aspen antes de cenar. En la estación de autobuses, estaba esperando el autobús para Ginebra y era domingo a última hora de la tarde. Algo más allá, en la plaza de la estación, estaba parado otro autobús con el motor ya en marcha: ese en el que volvía todos los domingos al internado.

Noté un malestar. Intentaba luchar contra él. A fin de cuentas, no tenía obligación de ir a trabajar a Ginebra. Pero me decía que por mil quinientos francos y durante una semana, a lo mejor merecía la pena. Me subí al autobús con mi bolsa de viaje, la misma que usaba en el internado y en que había metido, entre la ropa y la bolsa de aseo, las cosas que habían sido de mi padre y que yo quería conservar como talismanes: las fotos, los libros, el revólver y las balas.

El autobús arrancó. Éramos muchos menos pasajeros que las noches en que regresaba al internado. Había unos cuantos asientos vacíos. Me senté al fondo del todo y dejé la bolsa en el asiento de al lado.

Todavía era de día. Nos detuvimos en Cruseilles. Me acordé de la chica rubia, mi compañera de pupitre, que vivía aquí. ¿Qué habría sido de ella? Seguía conservando el tubo de Immenoctal, pero hoy no lo llevaba encima. Estaba en mi habitación, en la calle de Le Lac.

Saint-Julien-en-Genevois. La frontera. Ni siquiera nos pidieron la documentación en la aduana. El autobús cruzaba, en el crepúsculo, por los arrabales de una ciudad que no conocía. Se detuvo en la estación de autobuses.

Le di a un empleado que estaba aún en la taquilla de la estación las señas de los señores Aspen y le pregunté por dónde se iba. Me dijo que a pie caía algo lejos, pasado el parque de Les Eaux-Vives. Entonces, cogí un taxi. Le dije al taxista que me dejase en el muelle, a unos pocos cientos de metros del domicilio de los señores Aspen. Quería andar, para que se me calmase la angustia. Era de noche. Bajo el resplandor de las farolas las orillas del lago Lemán se parecían a las orillas del lago de Annecy. Iba siguiendo las verjas de un edificio grande que tenía a la izquierda y podría haber sido la Prefectura. La acera y los plátanos eran como los de la avenida de Albigny.

Llevaba la bolsa de viaje en la mano y caminaba como los demás domingos por la tarde, cuando iba por la carretera del internado. Nada cambiaba nunca. Todo se repetía a las mismas horas y en el mismo escenario. El portero me había dicho: «Usted llegará lejos», pero llevaba años dando vueltas sin poder salir de ese círculo… Se adueñaron de mí un desánimo y una impresión de soledad contra los que ya ni siquiera intentaba luchar. Y, sin embargo, sabía que habría bastado con muy poca cosa, con una voz dulce que me hubiera dado un consejo, con una mano en el hombro.

Llamé al portalón. Al cabo de un buen rato, oí pasos en la grava. Fue el señor Aspen quien vino a abrirme. Igual de rubio y con el pelo igual de crespo, pero estaba aún más bronceado que en Annecy. Me dijo hola y me saludó de una forma muy rara. También me clavaba la mirada de una forma peculiar por debajo de los párpados caídos. Hubiérase dicho que había bebido. Llevaba un jersey y un fular anudado por dentro del cuello abierto de la camisa. Íbamos por el paseo que iluminaba un farol, más lejos, en la escalinata de la fachada. Era una casa blanca con puertas acristaladas y cuya entrada se hallaba bajo un

pórtico, una casa mucho más imponente y suntuosa que las villas donde trabajaba yo en verano con mi tía.

En el vestíbulo, al pie de las escaleras, me dijo:

—Los niños no están esta noche. Vuelven mañana de Gstaad con mi mujer. Si quiere, le enseñaré su habitación.

Tenía ese aplomo y esa sonrisa que te daban la impresión de que te despreciaba un poco o de que se estaba riendo de ti.

El suelo era de mármol, a rombos blancos y negros. Fue a cerrar con llave por dentro la puerta de hierro forjado del vestíbulo. Pensé de pronto que me habían tendido una trampa. Se encaminó hacia las escaleras.

—¿La acompaño a su habitación?

Subía la escalera detrás de él. En el preciso momento en que vi que cerraba la puerta con llave me entró el pánico; pero con cada peldaño iba recuperando algo más la sangre fría. En el rellano del primer piso me dijo:

—Estoy con un amigo. ¿Quiere tomar algo con nosotros?

Esa proposición me sorprendió.

—Como quiera el señor…

—No vuelva a llamarme señor… O, en cualquier caso, esta noche no…

Me sonreía.

Me introdujo en un salón pequeño con las paredes forradas de paneles de madera. En uno de los lados, una estantería. Un sofá delante de la chimenea. La luz venía de una araña y de una lámpara que había sobre la chimenea. Estaban echadas las cortinas de las ventanas. En el sofá había un hombre. Se levantó. Un rubio de estatura media y de la misma edad que el señor Aspen, treinta y cinco años. Llevaba blazer y corbata. Y, en la muñeca, una pulsera de oro.

Me alargó la mano y se presentó:

—Soy Alain. ¿Es usted una amiga de Frédéric?

Tenía una voz en la escala de las voces ahiladas. Y una cara ajada y malsana de joven viejo.

—Es la canguro nueva —dijo el señor Aspen.

Entonces el amigo me miró de arriba abajo como si yo fuera ganado. Movía la cabeza.

En la mesa baja, una bandeja con una botella de coñac medio vacía. Dos vasos en el borde de la mesa. En el cenicero, un puro apagado.

—Siéntese —me dijo el señor Aspen.

Me senté en el sillón de cuero, al lado del sofá. Me puse la bolsa de viaje sobre las rodillas.

—Póngase cómoda.

Cogió mi bolsa y la puso entre el sofá y el sillón. El amigo me seguía mirando fijamente sin dejar de sonreír, pero era una sonrisa falsa debido a la frialdad de los ojos.

—A fin de cuentas, no era nada del otro mundo ese restaurante italiano —dijo el señor Aspen.

Encima de la chimenea colgaba un retrato enmarcado de una mujer. Tenía el cutis claro y una sonrisa feliz. Su madre seguramente, esa a quien quería tanto y de la que era el ojito derecho, o el hijo único.

—Hemos acertado al no ir a bailar al Club 50 —dijo el amigo— en vista de que tenemos a domicilio a esta encantadora joven…

El señor Aspen lo miraba, con sonrisa estática y ojos admirativos y casi enamorados. A lo mejor tenían vínculos turbios entre sí.

—Ya que no están los niños —dijo el amigo—, va a hacernos de canguro a nosotros.

—¿Qué quieres que te haga, Alain? —preguntó el señor Aspen con tono divertido.

En ese momento fue cuando entendí de verdad que habían bebido y estaban dispuestos a lo que fuera. También el amigo debía de sentirse, según la expresión del portero, por encima de las leyes y contingencias que padecen los simples mortales. Y yo no era para ellos sino una simple mortal.

El señor Aspen se puso de pie. Fue a apagar la araña. La luz, ahora, era menos fuerte en la zona del sofá.

El amigo acudió a sentarse en el borde del sofá y sentí que me acariciaba la nuca con la mano.

—Ahora —dijo— nos va a enseñar usted cómo hace de canguro…

El señor Aspen se había sentado en el sofá, muy pegado a mí, como si se dispusiera a presenciar un espectáculo interesante. Notaba en la nuca la presión de la mano del amigo. Quería hacerme doblar la cabeza y agachar el tronco, pero yo me ponía tiesa y no me movía ni un milímetro.

—Prefiero que lo hagamos en mi habitación —dije con voz desenvuelta.

Mi tranquilidad pareció sorprenderlos a los dos.

—Pues claro… Tiene razón —dijo el amigo—. Mejor en su habitación…

La presión de la mano en mi nuca cedió.

Me puse de pie. El señor Aspen también. Cogí la bolsa de viaje.

—Su habitación está en el segundo piso —dijo el señor Aspen.

—Intenta prepararme bien a nuestra canguro —dijo el amigo con su voz ahilada—. Subo dentro de media hora…

Volvía a sonreírme.

—Haré lo que esté en mi mano —dijo el señor Aspen.

—Sí… Eso… Lo que esté en tu mano…

Y se echó a reír con una risa aún más ahilada que la voz.

Salimos del salón. Volvía a subir las escaleras detrás de él.

Un dormitorio espacioso, una cama grande y paredes tapizadas de tela amarillo pálido. El dormitorio comunicaba con un cuarto de baño que tenía la puerta abierta de par en par. Entre las dos ventanas, un tocador atestado de peines, de polveras, de frascos de perfume. Comprendí que no era mi habitación. Había una llavecita en la puerta. Cerró la puerta con llave. Se metió la llave en el bolsillo. Yo estaba cada vez más tranquila.

—¿Puedo ir un momento al cuarto de baño, señor?

Asintió con la cabeza. Me metió en la mano un billete de cincuenta francos, como si fuera una propina.

—Esta noche puedes seguir llamándome señor… Lo prefiero…

Me metí en el cuarto de baño con la bolsa de viaje. Cerré la puerta y abrí uno de los grifos del lavabo. Dejaba correr el agua. Me senté en el borde de la bañera y busqué en la bolsa. Saqué el revólver y la cajita en que estaban las balas. Cargué el revólver. De todas formas, siempre iban a ser los mismos gestos. Las mismas estaciones del año. Los mismos lagos. Los mismos autobuses de los domingos por la noche. Lunes. Martes. Viernes. Enero. Febrero. Marzo. Mayo. Septiembre. Los mismos días. Las mismas personas. A las mismas horas. Seguiríamos teniendo cinco dedos, como decía mi padre.

Entré en la habitación. Me esperaba sentado en el sillón, junto al tocador. Dio un respingo. Alzó los párpados caídos. Eso de disparar se me debía de dar tan bien como a mi padre, porque maté al señor a la primera.

III

Seguramente se me han olvidado muchos detalles, pero cuando pienso en aquella temporada sigo oyendo los cascos de los caballos.

Había llegado a París en el mes de enero de mis dieciocho años. Venía de Londres. Un austriaco a quien había conocido aquel otoño en Notting Hill me había dejado la llave de su estudio de París. Se iba a Mallorca, a pasar una temporada larga y prefería que, mientras él no estuviera, alguien viviera en el estudio. Acepté su propuesta.

No conocía en absoluto el barrio al que tenía que ir. Era la calle de Chauvelot, cerca de la estación de metro Porte-de-Vanves. El ventanal del estudio daba a un jardincillo y a un pabellón que parecían abandonados. Cuando me vi sola en aquel sitio me pregunté si podría seguir en él. Me había ido de Londres en un repente, porque nada me retenía ya allí. Y aquí, en París, en este barrio desconocido la conexión con el mundo estaba cortada de verdad.

La primera noche que pasé en el estudio tardé en dormirme. Todo estaba silencioso, como si nadie viviera en el edificio. Por la mañana, muy temprano, me despertó el ruido de los cascos. Me dije que un regimiento de caballería estaba pasando cerca, por el bulevar.

Esa primera semana de enero hizo bueno. El cielo era de un azul leve. Iban pasando los días, uno tras otro, bajo el mismo cielo azul y el mismo sol. Me quedaban aún dos mil francos del dinero que me dieron cuando me despidieron de
Barker's.
Lo suficiente para vivir un mes, luego tendría que regresar a Londres.

Dos o tres días después de mi llegada, sonó el teléfono a eso de las once de la mañana. Acababa de despertarme. Una voz de mujer preguntó por Georges Cramer, el nombre del austriaco. Dije que estaba de viaje. Un silencio. Luego la mujer me preguntó quién era yo. Dije que estaba al cuidado del estudio mientras el austriaco estaba fuera. Dejó su nombre y su número de teléfono para que se los diera si se ponía en contacto conmigo. De todas formas, volvería a llamar dentro de unas semanas.

Pensé que aquel teléfono encima de la mesilla era inútil. Hacía demasiado que me había ido de Francia para buscar a alguien que me recordase. Por mucho que pensase a quién llamar, estaba claro que no había nadie. Nada se presentaría para alterar el transcurso de los días. Sin embargo, a partir de las seis de la tarde la angustia se volvía tan fuerte que el único recurso que me quedaba era decirme: siempre puedo llamar por teléfono a la mujer que me dejó su número. Lo había apuntado en un trozo de papel que había metido en el cajón de la mesilla de noche. Abría el cajón. Miraba el número: AUTEUIL
15-28.
Me lo sabía de memoria. Y además el tal Georges Cramer a lo mejor me llamaba para preguntarme si todo iba bien. Y la mujer me había dicho que volvería a llamar. La verdad, no tenía motivo de queja.

A primera hora de la tarde cogía el metro en la estación Porte-de-Vanves y me bajaba en Montparnasse. Desde allí, por la calle de Rennes y la calle de Vaugirard, llegaba al jardín de Le Luxembourg y al Barrio Latino. Seguían aquel mismo cielo azul y aquel sol de enero. Yo andaba dando vueltas por las librerías y los cafés del bulevar de Saint-Michel. Los grupos de estudiantes en el bulevar me sosegaban. Me habría gustado llevar cartera yo también, ir a clase, tener algo en que ocupar el tiempo. Habría podido andar por la orilla izquierda, por la zona de Les ChampsÉlysées o de los Grandes Bulevares, pero de momento prefería ese otro barrio. Bien pensado, era el que frecuentaba la mayoría de las personas de mi edad.

Muchas veces veía dos sesiones de cine diarias y se me olvidaba mi soledad sentada con los demás, por las noches, en las salas pequeñas del bulevar de Champollion, justo antes de que empezara la película. Pero a la salida del cine se adueñaba de mí una angustia. Había que emprender el regreso, calle de Vaugirard,

calle de Rennes, hasta Montparnasse. Y la angustia se volvía más fuerte durante el trayecto en metro, en el vagón casi vacío. Me daba la impresión de que el estudio del tal Georges Cramer estaba verdaderamente en la otra punta del mundo y esa impresión se confirmaba al salir de la estación Porte-deVanves y durante los pocos minutos que tenía que caminar.

Tras aquellos primeros días de sol y de cielo azul, volvió a hacer tiempo de invierno. La neblina gris y el frío de enero agravaron mi sensación de malestar. Todas las personas de mi edad con las que intentaba integrarme en los cafés o las salas pequeñas de cine me parecían unos extraños. O, más bien, era yo la extraña. Los oía hablar, ya no entendía su lengua y estaba segura de que también a ellos les costaba entenderme. Intentaba explicarme esos sentimientos, porque yo nunca había sido huraña. Todo empezó en Londres al día siguiente del día en me despidieron de
Barker's.
En año y medio, me había acostumbrado a trabajar en unos grandes almacenes. No era un trabajo que me entusiasmase, pero sin él los días estaban muy vacíos de repente. Sí, todo había empezado en Londres. E incluso cuando estaba todavía en
Barker's.

Al caer la noche, se calmaba mi angustia. La noche de París, con su contraste de oscuridad y luces, me parecía más franca que esos días de niebla en que te preguntabas si era de verdad de día, y daba la sensación de que lo gris te iba invadiendo y borrando poco a poco.

Ya no salía del estudio antes de que cayera la noche. Tenía toda la tarde el transistor o el tocadiscos en marcha porque el silencio me oprimía. Había muchos libros en unas baldas pegadas a la pared del fondo y cogía uno al azar. Pero, mientras leía, dejaba encendidos el transistor o el tocadiscos. Eran libros que trataban de viajes, de países lejanos y de islas perdidas. Guías, planos, cartas marítimas. Era completamente posible quedarse todo el día en ese estudio de la puerta de Vanves y viajar por las cuatro esquinas del mundo. Me sentía mejor los ratos en que estaba leyendo y eso me daba ánimos para hacer proyectos de viaje. A fin de cuentas, tenía libertad para ir donde quisiera, pero, al principio, no pensaba ir muy lejos.

A eso de las seis de la tarde, salía del estudio. Noté el primer ataque de pánico de verdad en el metro. Esa noche había decidido cambiar de barrio. El trayecto habitual a pie por la calle de Rennes y la calle de Vaugirard me daba aprensión. Seguramente era por ir siempre por las mismas calles para llegar a ese mismo Barrio Latino que cada vez me parecía más gris.

Desde Montparnasse, quería bajarme en la estación Champs-Élysées. Iba por el largo pasillo donde estaba la indicación: Dirección Porte de la Chapelle. Estaba atrapada en el gentío de las horas punta. Había que caminar en línea recta, porque si no corría el riesgo de que me pisoteasen. La oleada avanzaba despacio. Estábamos apiñados y el pasillo se iba estrechando según nos acercábamos a las escaleras que conducían al andén. Ya no podía dar marcha atrás y, como me dejaba llevar, me daba la impresión de que me estaba disolviendo en ese gentío. Iba a desaparecer del todo incluso antes de haber llegado al final del pasillo.

En el andén, me dije que nunca conseguiría liberarme. La masa de personas que me rodeaba me arrojaría a un vagón. Luego, en todas las estaciones, una oleada de viajeros entraría en ese vagón y me iría empujando cada vez más hacia el fondo.

El convoy se detuvo. Me empujaron, pero pude liberarme dejando que me llevasen consigo los que salían de los vagones. Me encontré a cielo abierto. Volvía a estar viva. Me repetía en alta voz mi nombre, mi apellido, mi fecha de nacimiento, para convencerme del todo de que era yo.

Caminaba al azar. Afortunadamente, estaba oscuro y el aire era frío. Me aliviaba que las luces fueran tan nítidas y tan brillantes y que los semáforos rojos y verdes se fueran alternando a intervalos regulares.

Gracias a esa oscuridad y a ese aire frío, había salido de golpe de un mal sueño en el que caminaba por un terreno pantanoso. Ahora la acera era firme bajo mis pasos. Para volver al estudio bastaba con ir en línea recta. Nunca había tenido la mente tan clara, como si hubiera tomado un excitante; era algo que me ocurría por las tardes, en
Barker's;
tomaba vitamina C cuando estaba cansada de estar de pie. De pronto, poseía un misterioso sentido de la orientación. Iba por las calles, sin titubear. Tiempo después me aprendí los nombres: calle del Docteur Roux, calle de Dutot. Estaba segura de que era el camino más corto para volver al estudio. Llegué a una plaza tranquila que hubiera podido creerse que estaba en una ciudad pequeña de provincias, la plaza de Alleray. Había un café todavía con luz. Entré. Pedí un martini. Ese nombre me volvió sin saber por qué, como un recuerdo de infancia.

A partir de esa tarde ya no me atrevía a coger el metro. Para librarse de la hora punta, había que salir del estudio a primera hora de la tarde, pero me imaginaba el transbordo inevitable en Montparnasse, el pasillo largo… Y el único autobús que pasaba por la puerta de Vanves no salía de los barrios de la orilla izquierda e iba por el camino que yo quería evitar a partir de entonces: calle de Rennes, calle de Vaugirard.

Volví al día siguiente, a primera hora de la tarde, al café de la plaza de Alleray. No merecía la pena hacer trayectos de metro largos por París. Valía más que me quedase por las inmediaciones del estudio y me desplazase sólo a pie, como si viviera en un pueblo.

Durante unos días, otra vez un cielo azul y un sol de invierno. Me sentaba a una mesa, en la terraza, y desde el fondo del local me llegaba el ruido del billar eléctrico. Alguien jugaba siempre de dos a dos y media de la tarde, un hombre moreno con bata blanca que trabajaba en la clínica de al lado. A las dos y media en punto salía del café y se encaminaba a la clínica. Esa puntualidad me tranquilizaba también. El bóxer del dueño se tendía en la acera delante de la puerta a eso de las tres. Al mismo tiempo más o menos, el portalón de la imprenta de enfrente se abría para dar paso a una camioneta que se detenía delante del café. Dos hombres bastante jóvenes se bajaban e iban a tomar algo en la barra. Uno metía una moneda en el jukebox y entonces se oía siempre la misma canción: *A Whiter Shade of Pale*, y me recordaba Londres. Se iban del café. El más joven me hacía en todas las ocasiones una seña con la cabeza, sonriendo. La camioneta desaparecía por la esquina de la calle de Alleray. Y el perro, momentos después, se levantaba y se volvía a meter en el café. Luego, hasta media tarde, nadie.

Fue precisamente un día a media tarde cuando entendí por qué oía con frecuencia por las mañanas, muy temprano, aquel ruido de cascos. Desde el café de la plaza de Alleray había vuelto al estudio por una calle que no conocía, la calle de Brancion. Era, sin embargo, el camino más corto, pero normalmente iba por la calle de Castagnary. Y los primeros días nunca andaba por el barrio salvo unos cuantos pasos para coger el metro.

Aquel día, a media tarde, en la calle de Brancion, pasé delante de los mataderos de caballos de Vaugirard. Lo ponía encima de una de las verjas. Yo iba andando por la acera de enfrente. Varios cafés, uno detrás de otro. La puerta de uno de ellos estaba abierta de par en par. Me llamó la atención que hubiera serrín en el suelo y estuviera manchado de sangre. En la barra, tres hombres cuadrados con la cara colorada hablaban. Uno se sacó de la chaqueta una billetera enorme. Estaba atiborrada de fajos de billetes que empezó a contar humedeciéndose el dedo en la lengua. Me pregunté si eran ellos los que mataban a los caballos. Unos días después pasé por la calle temprano, una mañana en que había mercado de caballos. Otros hombres como ellos, igual de cuadrados, igual de colorados, enfundados en los abrigos, estaban reunidos en la acera delante de las verjas.

Yo, que solía dormir hasta las doce del mediodía, me despertaba cada vez más temprano incluso cuando me quedaba leyendo o escuchando música hasta casi las doce de la noche. Una mañana me desperté aún más temprano. Era noche cerrada y quise desayunar en Le Terminus, uno de los dos cafés que estaban cerca del estudio en el bulevar de Lefebvre. Y ahí fue donde vi por primera vez una hilera de caballos. Los vi salir de la oscuridad y andar por el bulevar de Lefebvre desierto. El mismo ruido de cascos, con la misma cadencia, que solía oír medio dormida, pero más leve. Sólo eran unos diez. En esta ocasión los estaba viendo. A un lado, casi en cabeza de la hilera, un hombre tiraba de uno de los caballos por un ronzal. Me lo había encontrado ya en algún sitio. Tal vez en la estación de metro. Ya me había fijado en que llevaba esos pantalones blancos de vaquero y esa cazadora de cuero y, alrededor del cuello, una bufanda. Era bastante alto, de pelo negro y cara ajada. Y ahora avanzaba sin dejar de tirar de aquel caballo por el ronzal. Pasaron delante del café y se metieron por la calle de Brancion. Yo había dejado de verlos, pero seguía oyendo el ruido de los cascos y estaba quieta, al acecho del momento en que dejase de oírlos.

El dueño, detrás de la barra, me observaba. Me dijo que aquella mañana había pocos animales y habían venido desde Neuilly por los bulevares. Los había reconocido por el aspecto. Caballos de picadero que querían quitarse de encima. Ocurría de vez en cuando. Caballos que habían conocido los barrios finos y a la gente rica.

—Puede estar tranquila… Estos señores de los mataderos no son clientes de mi café. Van a tomar un tentempié algo más arriba de la calle.

Y, con un gesto impreciso, me señalaba la calle de Brancion en el punto en que se había metido la hilera de caballos.

A partir de ese momento evitaba la calle de Brancion. Aquella mañana me dije que no podía quedarme en ese barrio. Pero ¿adónde iba a ir? No tenía dinero para alquilar otra habitación. Y no quería volver a Londres. De todas formas, aunque viviera en otro barrio, lejos de allí, la cosa no cambiaría. Tendría siempre en la cabeza la hilera de caballos que avanzaban en la oscuridad y doblaban la esquina de la calle y aquel

individuo con pantalones de vaquero que tiraba del ronzal de uno de ellos, un caballo negro. No quería avanzar y seguramente se habría escapado si hubiera podido.

Había vuelto a intentar coger el metro. Pero en Montparnasse no había tenido el valor para seguir adelante. Entonces volví a pie hasta el café de la plaza de Alleray. La verdad es que debería enterarme de si había por allí una parada de autobús para ir a la orilla derecha. Pero dejaba pasar los días sin intentar averiguarlo. Acabé por confesarme que era ya incapaz de desplazarme distancias grandes. Si me alejaba demasiado del estudio, corría el riesgo de ir a la deriva, alejándome de mis puntos de referencia, y dejar que me impregnase poco a poco esa grisura hasta que me fusionase con ella y se me olvidase dónde vivía. Frecuentemente, en mis sueños, iba caminando por una calle —una calle que me preguntaba si estaba en Londres o en París— y ya no sabía el camino para volver a casa ni si vivía realmente en alguna parte. Había descubierto un cine cerca del estudio, el Versailles, al final del todo de la calle de Vaugirard. El camino más corto era ir por el bulevar de Lefebvre. Así evitaba los mataderos. Iba casi todas las noches a eso de las nueve y me daba igual ver varias veces la misma película. Me sentía a gusto, sentada siempre en una butaca de las últimas filas. Acababa por olvidárseme que el cine estaba en el barrio de los mataderos. ¿Por qué el austriaco de Londres no me había dicho que vivía en ese barrio? Si lo hubiera sabido, creo que no habría aceptado su oferta. Pero ahora ya era demasiado tarde.

Tras las sesiones de cine, volvía al estudio por el mismo camino. En la acera opuesta, unos bloques de edificios con las ventanas apagadas, salvo una en un primer piso. Seguía encendida y, seguramente, alguien estaba leyendo o esperando una visita, alguien con quien habría podido hablar. Ahora me daba cuenta de que valía más no estar sola y me daba miedo que me despertase, al cabo de un rato, el ruido de los cascos. Desde esa ventana encendida debía de oírse aún con mayor nitidez aquel ruido y se verían pasar los caballos. Desde hacía años esa persona y todas las demás cuyas ventanas daban al bulevar habían visto pasar, como yo, los caballos al alba. Habría querido que me dijeran qué les parecía. Éramos unos pocos en saberlo entre los millones de personas que vivían en esa ciudad.

Había llegado a la altura de la calle de Brancion. Estaba vacía y silenciosa. A esas horas, los cafés estaban cerrados. Yo me acordaba de todos los detalles que me había dado el dueño de Le Terminus. Los «asesinos», como decía él, iban después del trabajo a tomar un tentempié enfrente de los mataderos, en ese sitio donde me había llamado la atención el serrín manchado de sangre. Los individuos de las billeteras eran los que vendían los caballos a los carniceros. En cuanto a los «asesinos», apenas tardaban diez minutos en matar un caballo. Los otros compraban y vendían los animales los lunes y los jueves. Pagaban siempre en efectivo, no sólo sacaban los billetes de las billeteras, a veces llenaban cajas de zapatos y a veces, a la hora de comer, llevaban los fajos envueltos en servilletas, y todo ello entre el olor a sangre, la sangre coagulada en los zapatos y los delantales de los «asesinos». Los caballos no venían sólo de Neuilly, sino en camiones y por ferrocarril, y el ruido de cascos que se oía por las mañanas era también el de los animales a los que sacaban de las cuadras del barrio. Esas cuadras donde esperaban los caballos estaban allí cerca, por todos lados. Empezaban a comerciar a las cuatro de la mañana. Los camiones, los vagones, los fajos de billetes que cambiaban de manos en las mesas de los cafés… El individuo de los pantalones blancos ceñidos y la chaqueta de cuero que tiraba del ronzal había aparecido por el barrio el año anterior. Le daban algo de dinero por hacerles el trabajo. No sabían de dónde venía. A lo mejor de la Camarga. Lo llamaban «el Vaquero». El dueño de Le Terminus me había explicado todo eso con una vocecita suave, casi quejumbrosa, que le salía de la boca como un hilillo de agua tibia. Hubiera podido creerse que hablaba consigo mismo. Y cuando me levanté para salir, continuaba hablando, dando detalles, pero yo no podía ya seguir oyéndolo. Me apetecía tomar el aire, irme de París y verme a la orilla de un mar azul, como el austriaco que me había dado la llave de su estudio sin avisarme de nada.

Cada vez pasaba más tiempo en el estudio leyendo y oyendo discos. Y me decía que no era por casualidad por lo que había acabado, sola, a las puertas de París. Había llegado cerca de una frontera, estaba en tránsito aún por una temporada, pero pronto iba a cruzar la frontera y a saber de una nueva vida. Todos aquellos libros en las baldas de la estantería hablaban de irse. El austriaco había vivido seguramente aquí entre dos aviones, el estudio era para él sólo una escala, no había tenido tiempo de darse cuenta de todo cuanto sucedía en el barrio… Y, por lo demás, si yo no hubiera oído nunca al amanecer el ruido de cascos, este lugar habría sido para mí un auténtico refugio. En el patinillo, en los escalones del pabellón, se habían dejado olvidados un busto de barro cocido, el de una mujer, y un trozo grande de piedra que habían empezado a tallar. Seguramente habría vivido allí un escultor. Un árbol en medio del patio. En primavera, cuando estaba echada en la cama, se veía cómo se columpiaban las hojas despacio detrás del ventanal.

Esperaba con confianza el inicio de todas las tardes para ir andando hasta la plaza de Alleray. Era el

único momento del día en que notaba algo así como una sensación de bienestar, la misma que por las noches en el cine de la calle de Vaugirard. Allí, en el café, todo se repetía con la exactitud de un sistema de relojería. El ruido del billar eléctrico, el hombre de la bata blanca cruzando la plaza hasta la clínica a las dos y media en punto, el perro echado en la acera delante de la entrada, el camión parado, los dos hombres en la barra y uno de los dos que me sonreía al irse. Era la prueba, desde luego, de que yo también tenía mi lugar exacto en el café a esa hora, entre los demás.

Y, en todas las ocasiones, uno de los dos hombres del camión ponía en el jukebox *A Whiter Shade of Pale*. Hubiérase dicho que había elegido esa canción para mí. Al principio, la escuchaba distraída. Sólo una música de fondo, igual que el tintineo del billar eléctrico, una de esas músicas que te acunan y te vuelven la soledad casi dulce. Me acordaba al oírla de esas mañanas en que me despertaba muy temprano e iba por Ladbroke Grove para ir a trabajar a
Barker's.
El trabajo en
Barker's
era cansado pero esas mañanas, en mis recuerdos, eran algo aparte del resto del día. Eran una tregua y una promesa, incluso en invierno cuando era de noche. Y en los primeros días de primavera los árboles recuperaban las flores blancas y de color de rosa. Me había olvidado de
Barker's
y del resto del día. Ya sólo quedaban esas mañanas en que iba a pie por Ladbroke Grove de noche o con sol con la impresión de que me iba a suceder algo nuevo.

Esa música acabó por traerme también a la memoria la tarde en que habíamos paseado René y yo con el perro. Unos días antes de que René se marchara. Un sábado, el día de mercado en Portobello. Yo me había cogido las vacaciones en
Barker's.
No tenía que ir a trabajar y no me servía para nada. René iba a marcharse. Me daban miedo todos esos días largos y vacíos por los que tendría que transitar estando René ausente. Un sábado de sol. A la entrada de Portobello Road, a la altura de la antigua escuela, un individuo alto con una Rolleiflex estaba en medio de la calle. Un fotógrafo ambulante. En ese momento no había mucha gente y se fijó en nosotros. Nos sacó una foto a los dos y al perro. Me alargó un papel donde estaba escrito un número y tenía que llevarlo a la semana siguiente a la tienda para la que trabajaba si quería la foto.

Luego entramos en la antigua escuela convertida en librería de libros de lance. René escogió unos cuantos libros y anduvimos dando una vuelta por Portobello Road mezclados con el gentío de los sábados.

A la semana siguiente, René ya no estaba. El viernes a media tarde decidí ir por la foto. La tienda estaba lejos, en Hammersmith. Cogí el metro. Para no extraviar el papel, lo había metido en un sobre. Iba a ser la única foto de René y mía. Hay personas que te enseñan, pegadas en álbumes, fotos suyas de todos los momentos de su vida. Tienen la suerte de contar siempre, al alcance de la mano, con una máquina fotográfica que les hace las veces de testigo. Nunca nos habíamos parado a pensar en eso René y yo. Nos contentábamos con vivir al día.

Desde la estación de metro, tuve que andar un buen rato por King Street antes de llegar a la tienda. Temía que estuviera cerrada. Pero no lo estaba. Iban pasando muchos clientes por el mostrador tras el que estaban dos hombres morenos que les entregaban sus fotos o a quienes esos clientes llevaban carretes para revelar. Me llegó la vez. Le alargué el papel a uno de los dos hombres. Le echó una mirada distraída. Sin soltar el papel, seguía atendiendo a los demás. Le pregunté si podía ver mi foto. Me contestó, muy seco:

—Yo no me ocupo de esas fotos. Espere.

Yo seguía allí, de pie, y los demás entraban en la tienda, se acercaban al mostrador y les daban sus fotos al presentar sus tickets. El moreno no tenía ya siquiera mi papel en la mano. Podría haberme sentado en el banco del fondo de la tienda a la espera de la hora de cerrar. Pero valía más quedarse de pie cerca del mostrador; si no, se olvidarían de mí en ese flujo de clientes que entraban y salían. Volví a intentar, llamándolo, que el moreno me hiciera caso, pero hacía como que no me oía y evitaba mi mirada. Me preguntaba dónde había puesto mi papel. Me esforzaba por quedarme lo más cerca posible de él, del otro lado del mostrador, y de no quitarle los ojos de encima. Un moreno de unos treinta años de expresión desdeñosa. Había adoptado un tono frío y distinguido para decirme: «Yo no me ocupo de esas fotos». Aproveché un momento en que nadie se acercaba al mostrador. Le volví a preguntar si podía darme mi foto. Con ademán negligente, se sacó del bolsillo de la chaqueta el papel. Si no le hubiera dicho nada, seguramente se lo habría dejado metido en el bolsillo y lo habría roto después. Le echó una ojeada distraída al número del papel. Se dio la vuelta y miró en un archivador donde había sobres muy apretados. Los iba

pasando por turno con un movimiento impertinente de la mano y yo veía que iba llegando al final. Lo hacía demasiado deprisa. Me daba la impresión de que ni siquiera miraba los números impresos en los sobres. Luego se volvió hacia mí.

—No hay nada con ese número.

Me alargó el papel con una sonrisa fría. Le pregunté si estaba seguro y si podía comprobarlo otra vez.

—No, no. No hay nada con ese número.

Yo tenía la certeza de que la foto sí que estaba allí, en un sobre. Me quedó aún valor para decir:

—¿No podría comprobarlo yo?

—Le repito que no hay nada con ese número.

La voz era aún más seca, la mirada tan fría que aquel individuo no parecía verme. Yo era indigna seguramente de cruzar la vista con él. Me di cuenta de que no había ya nada que esperar.

En la calle, volví a mirar el papel. Número 0032. En circunstancias normales no le habría dado importancia a lo que acababa de suceder. Ni a la voz de aquel individuo que me retumbaba en la cabeza casi como una sentencia de muerte. Si René hubiera estado conmigo, habríamos podido conseguir la foto. El individuo habría cambiado de tono en el acto. Quise, de pronto, volver a la tienda y decirle: «Mi amigo le va a partir la cara como no me dé la foto», pero ese arrebato de ira se extinguió y me pareció irrisorio. René ya no estaba. Había pocas probabilidades de que volviera a verlo en la vida. Todos los momentos que habíamos pasado juntos habían caído al vacío. Habían querido suprimir la única huella de nuestra existencia, la de René, la mía y la del perro.

Seguía andando por King Street. Ya no estaba segura de nada, la acera se hurtaba a mis pasos y cabeceaba como si estuviera cruzando por la cubierta de un barco cuando el mar estaba picado. Sí, aquel individuo moreno con aquella voz metálica y aquella mirada desdeñosa nos había tirado por la borda a René, a mí y al perro. Soñé con ello las noches siguientes y me despertaba sobresaltada y necesitaba un rato para convencerme de que no me había ido a pique y recobrar el aliento. Volvía a ver a aquel hombre detrás del mostrador. ¿Por qué no volver a la tienda y explicarle sin perder la calma que necesitaba esa foto y que estaba dispuesta a pagarle tres veces lo que costase con tal de que me la diera? Estaba incluso dispuesta a todo si me daba esa foto. Pero acababa por decirme que no merecía la pena. La verdad es que no había nada que esperar. Mi primera impresión debía de ser la atinada: a aquel hombre no le gustaban las mujeres. Lo había intuido en su mirada, en el sonido metálico de su voz, en algo inquietante que tenía en los labios. René me había hablado de ese tipo de hombres para quienes las mujeres no existen. No les gusta el amor con las mujeres. Y no se atreven a consumarlo con los hombres. ¿Por qué? René me explicaba que practican la castidad. Por culpa de ellos estallan las guerras. Así era Hitler, según René. Y también Robespierre. Habría querido escribir un libro sobre eso. Había reunido documentos y fotos. Salían en ellas individuos con rostros duros, como tallados en piedra, a quienes René llamaba los «monjes soldados». Hileras de hombres rubios con el torso liso al aire desfilaban; otros eran obesos e imberbes, con la cabeza rapada. En una foto, rompían los escaparates de las tiendas y obligaban a la gente a recoger los cristales rotos y a limpiar las aceras. Su jefe llevaba un calzón corto, un calzón tirolés de ante y eso que era un hombre de edad madura, con tripa, con cara a la vez fofa y seria. Sonreía al mirar a los infelices que, de rodillas, estaban limpiando la acera. René me explicaba que aquel gordo era virgen. Iba a morirse muy viejo sin haber conocido nunca el amor, entre un olor de cuero y de ceniza fría.

Me pregunté qué iba a hacer el moreno con nuestra foto. Acabaría por romperla. O la dejaría olvidada entre el montón de las demás fotos que nadie había ido nunca a recoger o que se había negado a darles a ciertos clientes so pretexto de que no había nada con ese número. En el fondo, no era maldad, sino quizá cansancio e indiferencia. Su trabajo, de pie detrás del mostrador, era tan monótono como el mío en Barker's.

Y eso es lo que pasaba: que me había tocado a mí. Había llegado en el peor momento. Le podría haber tocado a otro, igual que la lotería, y el número 0032 no era el ganador.

Di media vuelta en King Street y anduve hacia la estación de metro, pero la acera seguía cabeceando. Cambió todo para mí a partir de esa tarde. Hubo de repente una grieta en mi vida, siendo así que antes era bastante uniforme y que mi confianza nunca se había visto mermada por nada.

Me di cuenta de ello en los días siguientes, cuando pasaba por el sitio de Portobello en que el hombre nos había sacado la foto a René, a mí y al perro. El día de la foto era un sábado como los demás, el perro andaba entre los dos, como de costumbre. En la foto, se habría visto a la izquierda la entrada de la antigua escuela donde René había comprado varios libros de segunda mano. Y a lo mejor, al fondo del todo, la silueta de un transeúnte y el cruce de la calle con Chepstow Villas y la cuesta abajo hacia las tiendas de antigüedades. Y la prueba para el futuro de que un sábado de verano, en Londres, a primera hora de la

tarde, estábamos pasando por esa calle René, el perro y yo.

El primer sábado en que volví yo sola a ese mismo sitio había mucha más gente. El fotógrafo no estaba, ni estuvo los demás sábados en los que intenté encontrarlo para pedirle explicaciones y quizá, gracias a él, conseguir por fin esa foto. Entonces perdí por completo la confianza en mí. Me daba la impresión de que no estaba ya presente en aquel lugar y de que mi sitio no volvería ya a estar allí nunca. Miraba con envidia cómo andaban los demás con aplomo. No corrían el riesgo de que la acera se les hurtara. También a nosotros, a René y a mí, cuando paseábamos, esas calles y esas glorietas nos resultaban tan familiares que formaban parte de nosotros. Y ahora el vínculo estaba cortado, yo estaba de más en todos esos lugares, como si volviera a ellos después de muerta. Al principio, no me atrevía a salir de mi habitación. Y luego las aceras dejaron de cabecear y de darme vértigo. Aquel verano ya no sentía pánico sino, al contrario, una especie de sosiego. Daba paseos largos a última hora de la tarde por las avenidas desiertas de los alrededores de Holland Park, por los sitios por los que solíamos ir. Pero a René y al perro los había conocido en otra vida. Por mucho que regresara a todas esas avenidas y esas glorietas y me hallase los sábados entre el gentío de Portobello, allí ya no podría volver a vivir nada en presente.

Ahora, iba al café de la plaza de Alleray a eso de las once de la mañana. Daba un largo rodeo para no pasar por la calle de los mataderos. A esas horas, todavía debían de estar tomando el tentempié con los zapatos y los delantales manchados de sangre y las billeteras abultadas. En la plaza de Alleray, los clientes eran diferentes de los de por la tarde. Antes de la hora de comer, estaba sola en el café con un hombre de alrededor de treinta años que corregía ejercicios. Luego, llegaban los demás. Trabajaban en una empresa vecina. El dueño llamaba a ese grupo la «compañía de teléfonos». Nunca tenían mesas suficientes y había que dejarles el sitio. Hablaban muy alto. Yo, en
Barker's,
no me acordaba de haber comido con mis colegas ni una vez. Sólo había trabado relación con la chica rubia que llevaba la sección que estaba al lado de la mía. A veces, la acompañaba a una sesión de cine.

Una mañana, antes de que la «compañía de teléfonos» hubiera invadido el café, estaba sentada a la mesa más próxima a la del hombre que corregía ejercicios. Alzó la cabeza en mi dirección. Un hombre de rasgos regulares, con los ojos muy hundidos en las órbitas y el pelo muy corto y con un inicio de calvicie. Me preguntó si era estudiante. Desde que había llegado a París, nadie me había dirigido la palabra verdaderamente. Su mirada y el sonido de su voz me inspiraban confianza: una mirada franca, una voz grave, como si no tuviera reservas. Le contesté que no era estudiante. Él daba clase de filosofía, me dijo, en un internado de las inmediaciones de París. Cogía tres veces por semana un autobús en la puerta de Vanves para ir a ese internado. Y volvía a última hora de la tarde en un tren que lo dejaba en la estación de Montparnasse. Me explicó que las disertaciones de sus alumnos eran tan malas que prefería corregirlas en un café en vez de en su casa, pero que no se lo tenía en cuenta a sus alumnos. Así eran las cosas. Y yo ¿qué estudios tenía?

Había estado tan sola en aquellas últimas semanas que sentía la necesidad no de hacer confidencias de verdad, pero sí de hablar con alguien. Y aquel hombre parecía atender a cuanto se le dijera, quizá por ese oficio suyo de profesor. Le expliqué que venía de Londres, que un amigo me había prestado una habitación por allí cerca y que me sentía algo perdida. Un barrio muy peculiar.

Me escuchaba mirándome fijamente, como si quisiera, a fuerza de atención, saber qué tenía yo exactamente en la cabeza. Una mirada de cura o de médico.

—Es posible que tenga razón —me dijo—. Es un barrio muy peculiar…

Mis ojos se posaron en uno de los ejercicios que tenía delante. Me fijé en que había muchas frases subrayadas con bolígrafo rojo y, en el margen, signos de interrogación del mismo color rojo.

—Yo hace mucho que vivo en el barrio… Sigo viviendo en el piso que fue de mi madre, en el bulevar de Lefebvre… Cae por donde la iglesia…

Al volver del cine, pasaba por delante de esa iglesia. Una iglesia moderna, de la que no sabía muy bien, porque estaba oscuro, si era de hormigón o de ladrillo. A lo mejor esa luz que veía siempre encendida era la de su habitación.

—La iglesia se llama San Antonio de Padua. No podía llamarse de otra forma.

Me clavaba una mirada abierta y yo acabé por bajar otra vez los ojos hacia el ejercicio que acababa de corregir. Me imaginaba, escrito al margen con bolígrafo rojo: «Iglesia de San Antonio de Padua. No podía llamarse de otra forma».

—¿Sabe lo que se le pide a San Antonio de Padua? Que encuentre los objetos perdidos.

Me sonreía, como si hubiera entendido que yo había perdido algo. Nunca había sido supersticiosa, pero

si hubiese sabido para qué servía San Antonio de Padua y hubiese una iglesia con ese nombre en Londres, habría ido a rezar allí para que me dieran la foto.

—Cerca de aquí, en la calle de Les Morillons, hay una oficina donde van a parar todos los objetos perdidos… Y además está el depósito municipal de vehículos de la calle de Dantzig… Es un barrio adonde siempre viene uno a buscar algo.

Al darme esas precisiones no tenía el tono de un guía que te lleva a visitar París, sino el de un profesor de filosofía. Y aquella voz grave me hacía sentirme a gusto. Me habría gustado hablarle de los caballos. No daba con las palabras. Me daba miedo pronunciarlas.

—Y además hace cien años que por aquí se dedican a los caballos…

Seguía con aquella voz tranquila. E incluso con una sonrisa, como si se tratase de algo evidente: dedicarse a los caballos.

—De pequeño, iba a una escuela muy cerca de aquí… Luego fui al liceo Buffon. Siempre he vivido en este barrio.

Hace cien años, había dicho. Eso equivalía a cientos y cientos de miles de caballos que habían pasado por el bulevar y la calle de Brancion.

—Está muy pálida… ¿Quiere tomar algo?

Ahora tenía una mirada indulgente, como si mi ejercicio estuviera ahí, encima de la mesa, entre los demás, y hubiera escrito con el bolígrafo rojo la indicación: «Puede esforzarse más».

Le contesté que todo iba bien. Era, sencillamente, que había dormido mal la noche anterior.

—¿Qué hace durante todo el día?

Ante esa mirada, volvía a ser una alumna que ha faltado a clase por la tarde para ir al cine y no tiene una notita de sus padres para justificar la ausencia. Tenía que dar con una mentira y, sobre todo, decirla con voz firme:

—Preocuparme, porque estoy buscando trabajo.

—Podría encontrarle un trabajo. ¿Sabe escribir a máquina?

Antes de irme a Londres y de entrar en
Barker’s
había aprendido a escribir a máquina en una academia Pigier, por la zona de la puerta de Vincennes, cuando aún vivía allí con mi madre. Le dije que sabía mecanografía e incluso taquigrafía.

—Pues voy a darle unos textos. Somos un grupito de amigos que los redactamos juntos.

Me sonreía con sonrisa de cura, como si le hubiera contado mis pecados y le parecieran muy anodinos.

—A lo mejor le parecen interesantes esos textos. Llevamos adelante un trabajo de grupo, un magisterio… Me agradaría saber si le interesa… Le prestaría mi máquina de escribir…

La perspectiva de tener algo que hacer y no transitar sin meta por todos aquellos días vacíos me reconfortaba de golpe. Escribiría a máquina, sola, tranquila, en el estudio, entre los libros. E incluso, mientras escribía, podría escuchar música. Trabajaría de cara al ventanal que daba al jardín.

—Aquí tiene un folleto que he escrito yo. Así se dará cuenta de a qué se refiere ese magisterio nuestro y de qué va usted a escribir a máquina.

Rebuscó en una cartera de cuero marrón que estaba al pie de la silla. Y me alargó un librito con tapas verde claro donde ponía: *Recordarse a sí mismo*. Y encima: MICHEL KÉROURÉDAN. Me señaló el nombre:

—Sí… Soy yo…

Quiso que lo acompañase a la puerta de Vanves, a la parada del autobús. Ese día empezaba las clases a primera hora de la tarde y tenía que comer en el refectorio del internado. Iba andando a mi lado, con la cartera en la mano, y me llamó la atención lo flaco y lo alto que era y también el contraste entre el traje tan formal y las sandalias romanas de tiras que llevaba con calcetines negros. Quedamos al día siguiente a las once en el café. Me iba a llevar la máquina de escribir y el texto que tenía que copiar.

Ya en el estudio, quise leer el folleto que me había dado. Me encontré una foto entre las páginas. Lo reconocí, en compañía de un hombre tan alto y tan flaco como él, en el campo. Estaban de pie, uno junto a otro, y él se apoyaba un poco en el tronco de un árbol. El otro hombre tenía en la mano un libro abierto y parecía estar leyéndolo en voz alta. Los dos tenían la frente despejada y el rostro serio. Por detrás de la foto ponía: «Michel-Gianni. Abril-mayo, en Recoulonges». Noté que me subía por dentro una vaharada de tristeza y de rencor. ¿Por qué había encontrado en ese libro la foto de esos dos individuos a quienes no conocía, siendo así que la única foto que me habría importado había desaparecido para siempre?

Al cabo de unas cuantas páginas, dejé de leer. Nunca había abierto un libro de filosofía y me costaba fijar la atención. Por lo que me parecía entender, se trataba de un magisterio que te llevaba a la sabiduría.

El maestro era un tal doctor Bode. Efectivamente, al principio de los capítulos se repetían con frecuencia unas cuantas frases: «Cuando le preguntaban al doctor Bode por el sentido de su magisterio…», «En una de las reuniones siguientes, el doctor Bode tocó esa cuestión…», «El doctor Bode solía tomar como ejemplo…». ¿Este tal Michel Kérourédan conocía personalmente al doctor Bode? En las pocas páginas que llevaba leídas no lo decía con claridad. En cualquier caso, según Michel Kérourédan, la verdad y la sabiduría salían de la boca de aquel hombre y había que seguir sus enseñanzas. Me extrañaba ese comportamiento y me acordaba de que en las clases de la escuela municipal y, luego, en el liceo HélèneBoucher no me fijaba mucho en lo que decían los profesores. E, incluso antes de eso, siempre me había dormido en las clases de catecismo. Para mayor vergüenza mía me daba cuenta de golpe de que nunca me había hecho preguntas acerca del sentido de la vida. Me contentaba con vivir al día buscando con frecuencia el placer. Al principio, de pequeña, consistía en tener una moneda de cien francos para comprar en la panadería Nédélec un helado de pistacho o subirme en la feria en la montaña rusa porque me gustaba tener vértigo. Más adelante, en tiempos de René, íbamos a la playa a eso de las once de la mañana y, por la tarde, volvía con él a una habitación fresca con las persianas echadas. En verano, me gustaba también estar sentada por la mañana muy temprano en la terraza de un café, al sol, cuando todavía no había nadie. Me gustaba leer novelas policíacas y escuchar música. Y sentía debilidad por los perros y los caballos. Sí, antes de que se fuera René y de esa maldita historia de la foto, no me hacía muchas preguntas que digamos. Cerré el libro. La foto se había escurrido hasta la cama y la volví a mirar. El tal Kérourédan hablaba como un profesor. Me escuchaba atentamente, pero lo que era yo sencillamente, a flor de piel, seguro que no era muy importante para él. En resumidas cuentas, empezaría a interesarse por mí si aceptaba apuntarme a eso que él llamaba «nuestro magisterio». Intentaba ver en la foto si el otro hombre llevaba también sandalias. Era curioso que se parecieran tanto… Ese individuo que se llamaba Gianni debía de recibir también el magisterio. En la foto los dos tenían aspecto de curas, pero pese a todo me parecía que estaban haciendo poses, Kérourédan apoyado en el árbol y sacando la barbilla y el otro muy tieso y con la cara inclinada hacia el libro. A lo mejor era el mismo libro que el mío, *Recordarse a sí mismo*. Me pregunté si habría mujeres en sus vidas o si los dos vivían solos en una habitación que parecía una celda de monje, y si la amistad les bastaba. ¿Aquel magisterio suyo le dejaba un lugar al amor? Hojeaba por encima *Recordarse a sí mismo* sin encontrar ni la palabra Amor ni la palabra Felicidad. Me prometía leerlo con más atención, pero aquella tarde no tenía valor para ello.

Al día siguiente llegó al café con retraso, un momento antes de que «la compañía de teléfonos» apareciera y ocupase todas las mesas. Teníamos que hablar muy alto para entendernos en aquel barullo. Me había traído la máquina de escribir, una máquina portátil pequeña tapada con una funda de plástico gris. Y un texto de alrededor de treinta páginas, escrito en tinta azul con una letra muy regular, sin ninguna tachadura, y que se titulaba: *Labrarse a sí mismo*.

Me preguntó si había leído el folleto. Le contesté que aún no lo había acabado, pero que era muy interesante. Me clavaba su profunda mirada y esperaba que le dijera algo más. Balbucí que leía despacio, intentando entender todas las frases, porque no estaba acostumbrada a leer filosofía.

—No se trata de filosofía —me dijo—, sino de un magisterio para aprender a vivir mejor… Unas cuantas reglas de disciplina… Y si se fija mínimamente ya verá que está muy claro.

A lo mejor acababa por convencerme. Yo estaba en un estado tal de incertidumbre desde que había llegado a París que me habría gustado mucho recibir consejos y que me indicasen un camino por el que tirar. Pero aquel individuo, frente a mí, en aquel café donde costaba oírse, ¿podía ayudarme? ¿Necesitaba yo realmente una disciplina? ¿En qué consistía exactamente eso de «labrarse a sí mismo»? Ya en la calle, yo llevaba en la mano la máquina de escribir y me había metido en el bolsillo de la gabardina el texto que me había dado. Él llevaba debajo del brazo la cartera marrón, que ya no tenía asa. Íbamos por la calle de Castagnary, tranquila y silenciosa. La flanqueaban casas bajas que seguramente iban a derribar dentro de nada y hubiera sido posible pensar que estábamos en una ciudad pequeña de guarnición donde se oyen por la mañana los cascos de los caballos, pero es porque pasa un escuadrón, los caballos no van al matadero.

—Tómese el tiempo que quiera para mecanografiar ese texto —me dijo—. Lo principal es que pueda familiarizarla con nuestro magisterio.

Volvió a sonreírme.

—Pero no quiero que trabaje usted gratis…

Se sacó del bolsillo interior de la chaqueta una billetera que no estaba tan abultada como las de los tratantes de caballos de la calle de Brancion y me alargó un billete de cien francos doblado en cuatro. No sabía si cogerlo.

—No es dinero mío —me dijo—, es la amiga en cuya casa nos reunimos quien me lo ha dado para usted. Le he hablado de usted.

Bien pensado, ¿por qué iba a sentir escrúpulos en aceptar ese dinero?

—Cuando acabe el trabajo, creo que le vendría bien asistir a una de nuestras reuniones.

Las celebraban al menos una vez por semana en el piso de aquella mujer de la que me había hablado. Eran seis o siete en las sesiones de «labrarse a sí mismo», el título precisamente del texto que me había dado para que lo mecanografiara.

—¿Le gustaría trabajar con nosotros?

Era una voz tan dulce que sentí la certidumbre de que aquel individuo tenía buenas intenciones. Se sacó del bolsillo del abrigo un paquete de cigarrillos y me lo alargó. Un paquete de Gauloises azules.

—Tenga. Para darle ánimos.

No me atreví a rechazarlo y a decirle que no fumaba.

—¿Así que le apetecería unirse a nosotros? —me preguntó con tono de confianza un tanto autoritaria, no ya el de un cura, sino el de un profesor de gimnasia.

Le contesté que sí. Para dejar de estar sola, está una dispuesta a lo que sea.

—Me alegro mucho. Ya le hablaré del asunto más en detalle la próxima vez.

Tenía que coger el autobús en la puerta de Vanves. Me citó en el café el lunes siguiente a la hora de costumbre. Se subió al autobús tras hacerme una seña con la mano. Me había fijado en que ya no llevaba sandalias sino zapatos negros de cordones.

Me pasé tres días mecanografiando el texto. Trabajaba un poco por la mañana, y por la tarde, hasta las cinco. No se me había olvidado nada de lo que me habían enseñado en la academia Pigier. Al principio ponía música, una grabación de guitarras hawaianas que había encontrado entre los discos del austriaco. Pero no tardé en decidir que iba a trabajar en silencio para intentar entender bien lo que mecanografiaba. Algunas frases que había leído ya, sin fijarme mucho, en *Recordarse a sí mismo* me las volvía a encontrar en *Labrarse a sí mismo*. Kérourédan me había explicado que habían elaborado aquel texto entre varios, un trabajo de grupo, como decía él. Pero esa letra regular con tinta azul ya la había visto, era la suya, la letra con la que corregía los trabajos de sus alumnos. Mecanografiaba despacio y las mismas palabras se repetían en todas las páginas. Vivíamos —por lo visto— como sonámbulos. Todos los gestos de nuestra vida eran maquinales y, por eso mismo, no tenían el más mínimo valor. VIVÍAMOS EN EL SUEÑO. Si nuestros gestos, nuestros pensamientos y nuestros sentimientos se tornaban maquinales era porque nos limitábamos a una cantidad muy pequeña de «poses» y de movimientos que nos encerraban en un cepo. Había, pues, que salir de ese estado y sólo era posible «volviendo a uno mismo». Pero por mucho que dejase de mecanografiar para volver a leer todas las frases, no acababa de entender en qué consistía ese ejercicio. Lo de «recordarse a sí mismo», que también se llamaba «labrarse a sí mismo» o «labor» a secas, seguramente lo ponían en práctica durante sus reuniones. Tendría más información el día en que Kérourédan me llevase a una.

El primer día, después de trabajar, salí a eso de las cinco, y mientras recorría la calle de Vaugirard, había desaparecido la angustia que solía notar a esas horas. Cogí el metro en la estación de Convention hasta Montparnasse y estaba de lo más tranquila. Luego fui andando al Barrio Latino. Volví a ver los grupos de estudiantes en la acera del bulevar de SaintMichel cuya cuesta me pareció de pronto muy poco empinada. Otra vez estaba en mi estado normal, como en las primeras tardes en París antes de darme cuenta de lo que significaba el ruido de los cascos. Me tranquilizaba ver caer la noche y encenderse la terraza del café de Cluny y la entrada de los cines.

En la calle de Monsieur-le-Prince me fijé en una librería que se llamaba Le Zodiaque y en cuyo escaparate ponía: OCULTISMO, MAGIA, ESOTERISMO, HISTORIA DE LAS RELIGIONES. Entré. Los libros estaban ordenados alfabéticamente por apellidos de autores. En la letra K me topé con el folleto que me había dado Kérourédan, *Recordarse a sí mismo*. Ese descubrimiento me proporcionó una sorpresa y una sensación fugitiva de bienestar. En resumidas cuentas, tenía un trabajo que me permitía tener ocupadas las tardes vacías y me daba la impresión de estar participando en algo importante.

Cuando llegué a la plaza de Alleray, a las diez de la mañana, estaba ya sentado a una mesa del café y corregía ejercicios. Se puso de pie para saludarme. Me sonrió. Yo había comprado por el camino un sobre grande y había metido dentro las hojas mecanografiadas y las que estaban escritas en tinta azul. Pasó revista muy deprisa a las hojas mecanografiadas, una a una; luego lo metió todo en la cartera.

—¿No le ha costado mucho escribirlas?

Le dije que no. Tenía la esperanza de que no hubiera faltas de ortografía. Había varios ejercicios

desperdigados por encima de la mesa con sus correcciones en tinta roja y me pregunté si usaba para corregir las mismas palabras que se repetían continuamente en el texto que yo había mecanografiado. Recordarse a sí mismo, sueño, maquinal, sonámbulo, grupo, pose, labor, movimiento… Al final todas esas palabras me daban vértigo.

—¿Y ha entendido un poco por dónde va nuestro trabajo?

Me lo había dicho con una mezcla de condescendencia y de amabilidad, como si no fuera aún digna del todo de «laborar» en su «grupo».

Tenía que mostrarme muy dócil y muy aplicada y podía albergar esperanzas.

Me miraba a los ojos en silencio. Si otro hombre me hubiera mirado tan fijamente habría sentido cierto apuro. Pero Kérourédan no era de esos que te aprietan la mano e intentan besarte. ¿Había estado alguna vez en la vida enamorado de una mujer?

—¿Podría venir pasado mañana a nuestra reunión?

Me sorprendió que me lo propusiera tan pronto. Creía que las cosas iban despacio y que un «período de prueba» era obligatorio antes de que un recién llegado pudiera participar en la «labor» del grupo. Lo había leído en el texto que me había dado para que lo mecanografiase. «Período de prueba». Era una expresión que volvía a aparecer con frecuencia.

—Celebramos las reuniones en el barrio, muy cerca de aquí, en casa de esa mujer de quien le he hablado. Dirige nuestro grupo de trabajo. Es una amiga del doctor Bode…

El nombre del doctor Bode volvía a aparecer también en casi todos los párrafos del texto cuya copia mecanografiada acababa de llevarle. Solía decir a sus discípulos: «Siempre se están olvidando de sí… Tienen que recordarse a sí mismos… Tienen que despertarse…» Según escribía, me parecía oír su voz, una voz muy sorda. Intentaba imaginármelo. En mi opinión, era un hombre de mirada clara cuyas manos nos acariciaban y nos calmaban la angustia. No me atrevía a decírselo a Kérourédan por temor a que se llevase un chasco, pero era una sentimental e incluso eso que llaman con una expresión que siempre me ha parecido curiosa: una cabecita a pájaros.

—¿Y usted? —le pregunté—. ¿Conoce al doctor Bode?

—Nos presentó a principios de año esa mujer a cuya casa voy a llevarla… Geneviève Peraud…

Me dio más detalles. El doctor Bode había vivido en París. Ahora viajaba mucho. Se había afincado en California, en San Diego. Pero venía con frecuencia a Europa para ocuparse de sus grupos. En París, en Suiza y en Inglaterra. Me miró fijamente un momento como si no supiera si decirme algo importante. Luego se decidió:

—Habrá una reunión el mes que viene con el doctor Bode…, también en casa de Geneviève… A lo mejor está de acuerdo en presentárselo… Ya veremos…

Seguramente quería que entendiera que no es posible presentarle a una al doctor Bode de buenas a primeras. Estaba a prueba. La reunión del día siguiente zanjaría mi destino. Tal vez me hicieran un examen.

Recogió los ejercicios y los metió en la cartera. Y sacó de ella un sobre.

—Para usted… de parte de Geneviève Peraud.

Era una cantidad de dinero que Geneviève Peraud me pagaba por adelantado por otros trabajos de mecanografía que él me traería con regularidad. Alrededor de dos o tres textos al mes. Los usarían en las reuniones. Eso quería decir que se me consideraba ya miembro del grupo. Le había hablado de mí de forma favorable a Geneviève Peraud y ésta estaba dispuesta a fiarse. Era costumbre darles mensualmente una cantidad de dinero a los miembros del grupo que no tenían medios de subsistencia, de forma tal que pudieran trabajar a tiempo completo para las reuniones.

Le dije que me resultaba muy embarazoso aceptar dinero, pero no quise desvelarle lo que pensaba en el fondo: los seiscientos francos al mes que ganaba en
Barker’s
me habían hecho entender que nunca nadie te da dinero si no es a cambio de algo. ¿No sería acaso la tal Geneviève Peraud tan exigente como los dueños de
Barker’s?

—Debe aceptar. Es una prueba de confianza por parte de Geneviève.

Entonces me metí el sobre en el bolsillo y me sentí aliviada. Si querían hacerse cargo de mí… Había estado tan sola esos últimos meses en París, y en Londres después de irse René…, y además la perspectiva de mecanografiar textos para la tal Geneviève Peraud me pareció menos penosa que el trabajo de
Barker’s.

—Le he traído también un libro del doctor Bode… ¿Lee usted en inglés?

—Sí.

Me alargó un libro de tapa dura en cuya sobrecubierta negra leí: V. Bode, *In Search of Light and Shadow*. En la contraportada, la foto de un hombre de unos cuarenta años, moreno y de mirada clara, como me lo había imaginado.

—Se lee con mucha más facilidad que los dos textos que ha tenido ya entre manos… Este libro es el que debería haberle dado para empezar… El doctor Bode cuenta su itinerario sencillamente, tal y como lo vivió…

Me sonreía. Y por primera vez desde que llegué a París, me sentía realmente apaciguada. Bastaba con dejarse llevar y flotar. Y decirme que había ido a dar con personas que me querían bien y a las que podría hacer confidencias. Me darían consejos. Ya no estaría sola, muriéndome de angustia en mi rincón y vacilando en las encrucijadas. Me aliviarían. Me indicarían el camino. Eso era lo que necesitaba. Guías.

Me propuso que lo acompañase hasta su casa. Ese día no cogía el autobús para ir a dar clase de filosofía. Pero todavía le quedaban deberes por corregir. Estaba sustituyendo a un profesor ausente. Me dijo que desde luego era un internado muy raro donde un profesor podía desaparecer de la noche a la mañana. Entonces, los demás lo sustituían y se dividían entre una clase de matemáticas en un curso y una clase de inglés o de geografía en otro. Los profesores carecían frecuentemente de la titulación necesaria, pero no era un internado muy exigente. Él tampoco le había dedicado tiempo a terminar su licenciatura. Había descubierto el magisterio del doctor Bode y eso era algo que valía más que todas las cátedras de filosofía del mundo.

Me hablaba en tono confidencial. A lo mejor me había convertido en una amiga, en una igual, puesto que iba a asistir a una de sus reuniones.

—Geneviève me ha aconsejado que deje las clases del internado y que trabaje a tiempo completo para el grupo…

Pero le daba no sé qué abandonar su puesto de profesor. El sueldo era bastante bueno y más valía que el grupo se hiciera cargo de jóvenes como yo.

Íbamos por el bulevar de Lefebvre a paso lento, el mismo que habríamos adoptado para un paseo a orillas del mar.

—¿Y usted? —me preguntó—. ¿Cuáles son sus sentimientos?

Era la primera vez que me hacía una pregunta personal. Pero yo no era muy propensa a las confidencias.

—No tengo sentimientos —le dije.

—Eso está bien. Es una respuesta que le hubiera gustado al doctor Bode.

Habíamos llegado ante la iglesia de San Antonio de Padua. Me indicó uno de los bloques de edificios que la rodeaban.

—Vivo ahí…, en el primer piso.

¿Era la ventana que veía encendida al volver del cine?

Delante de la puerta del edificio, soltó la cartera marrón para darme la mano.

—La mejor solución —me dijo— es que vaya a buscarme mañana a última hora de la tarde, a las siete y diez, a la estación de Montparnasse, el tren de Versalles, y la llevaré a casa de Geneviève Peraud. Que no se le olvide. A las siete y diez.

Por la tarde, en el estudio, empecé a leer *In Search of Light and Shadow*. Había temido que esa lectura en inglés me recordase Londres y a René. Pero, según iba pasando las páginas, me dejé invadir por una leve euforia, como si las palabras del doctor Bode me convencieran de que podía vivir en el presente y de que incluso tenía un porvenir por delante.

Estaba mucho mejor escrito que el texto de Michel Kérourédan y que el que yo había mecanografiado. El doctor Bode en su libro no utilizaba todas esas palabras eruditas, recordarse a sí mismo, laborar en sí mismo, poses, movimientos, ni esa expresión que aparecía también con frecuencia en los dos textos y que yo mecanografiaba en todas las ocasiones sin entenderla: «Clave de octava». Se limitaba a contar las dudas y las angustias de su juventud, que no eran diferentes de las mías. Y la forma en que había conseguido sobreponerse a ellas. No tenía la sensación de estar leyendo, sino la de escuchar lo que me susurraba al oído una voz familiar. El doctor Bode había nacido en Lambeth, un barrio pobre de Londres que yo no conocía salvo por haber visto unas pocas calles desde la ventanilla de un tren, inmediatamente antes de llegar a la estación de Waterloo.

A las siete y diez en punto, tuve el temor de que Michel Kérourédan se esfumase entre las oleadas de viajeros que bajaban del tren de Versalles-Chantiers. Pero acabé por localizarlo desde lejos por la estatura y por esa forma peculiar de llevar la abultada cartera marrón sin asa como si fuera un perro o un niño.

Cogimos el metro. Íbamos de pie, apretujados, pero en esta ocasión no sentía ya ningún pánico. Alguien

me acompañaba y el libro del doctor Bode, que había terminado de leer ya entrada la noche, me había aportado una gran calma. Nos bajamos en la estación de Convention. Kérourédan me dijo que Geneviève Peraud vivía muy cera, a la entrada de la calle de Dombasle.

Posteriormente, he ido muchas veces a casa de Geneviève Peraud dando rodeos cada vez más complicados para evitar los mataderos y las calles donde temía que estuvieran las cuadras de los tratantes de caballos. Me acuerdo de que me metía, nada más pasar el cine Versailles, por un sendero con árboles a ambos lados cuyas frondas formaban una bóveda y que a lo mejor corría a lo largo de la tapia del hospital de Vaugirard. Recuerdo un sendero con aroma a tilo. En los años siguientes y hasta hoy nunca volví a tener ocasión de regresar a ese barrio. Los mataderos han desaparecido. Todavía deben de estar ahí el depósito municipal, la oficina de objetos perdidos y la iglesia de San Antonio de Padua. Y cuando pienso en ello, me parece también que era el único barrio donde podía conocer a Geneviève Peraud y al doctor Bode.

El edificio llevaba los números 5 y 7. Un edificio claro, estrecho, un poco retranqueado, que separaban de la calle una verja y un patinillo. Entramos a la derecha por la puerta del número 7. Kérourédan pasó delante por las escaleras, agarrando con ambas manos la cartera marrón. Después de todo este tiempo, se me ha olvidado el piso exacto. Uno de los últimos. Kérourédan dio tres timbrazos.

Fue Geneviève Peraud quien vino a abrirnos. Una morena con el pelo recogido en un moño. De entrada, la cara me pareció severa por la penumbra del vestíbulo. Fuimos por un pasillo y al fondo a la izquierda entramos en una habitación que iluminaban unas lámparas de pie. Una luz cálida y amortiguada. Las cortinas estaban cerradas. Un hombre se levantó. Reconocí, por la elevada estatura, al que salía en la foto en compañía de Michel Kérourédan en «abrilmayo, en Recoulonges». Se quedó un momento inmóvil, casi en la misma postura en que estaba en la foto, cuando tenía el libro abierto. Luego le hizo una seña con el brazo a Michel Kérourédan y se volvió hacia mí.

—Me llamo Gianni… Me alegro mucho de verla…

Tenía la voz más grave que Kérourédan. Le di la mano sin decirle mi nombre. El traje viejo de pana gris le venía anchísimo.

Geneviève Peraud me sonrió. Me pareció más joven que en el vestíbulo y el moño austero contrastaba ahora con la dulzura del rostro. Su sonrisa, leve y misteriosa, me arropaba, y también su mirada. Ojos verdes. Llevaba un vestido camisero burdeos. Ninguna joya. Ninguna sortija. Salvo una cadena en la muñeca.

—Michel me ha hablado muy bien de usted… Y le agradezco el trabajo que ha hecho para nosotros.

Hablaba con voz clara y un leve acento parisino. Michel Kérourédan y Gianni se habían sentado con las piernas cruzadas en la alfombra de lana.

—Siéntese —me dijo sin dejar de sonreír.

Y me indicaba la alfombra. Por lo demás, no había ningún asiento en aquella habitación salvo, más allá, entre las cortinas corridas y el escritorio de madera oscura, un sillón con respaldo de cuero.

Ella también se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y el torso muy erguido. Allí, en la alfombra, estábamos en corro los cuatro, como a punto de jugar a un juego cuyas reglas yo no conocía aún.

—Vamos a hacer una lectura —dijo Geneviève Peraud con su voz clara—. Algo sencillo y esencial para celebrar la llegada de nuestra nueva amiga.

Michel Kérourédan abrió la cartera marrón que había dejado a su lado y sacó varias cuartillas. Se las alargó a Gianni.

—Vas a leer tú —dijo.

Gianni empezó a leer con voz despaciosa y bien timbrada, que habría podido ser la de un actor de teatro clásico. Reconocí un fragmento del libro del doctor Bode. Refería un sueño que había tenido a eso de los once años. Hasta entonces había sido un niño como todos los demás niños de Lambeth, con unos padres que se parecían a los demás padres. Se confundía con el color ladrillo de las casas, la grisura de los almacenes, los charcos de las aceras. Esa noche había soñado que iba volando por encima del barrio a poca altura, de forma tal que podía reconocer desde lo alto a los transeúntes, los perros, los edificios donde vivían sus compañeros, todos los cruces de calles que le eran familiares. Era un domingo por la mañana y había visto a su padre acodado en la ventana. Y, alrededor, los demás barrios de Londres, el dédalo de calles, el hormigueo de muchedumbres y coches hasta el infinito.

Gianni leía cada vez más despacio. Hacía pausas entre las frases, de forma tal que el texto tomaba la forma de un poema. La voz se volvía sorda, no era ya sino un susurro que me arrullaba. Geneviève Peraud, con el tronco igual de erguido, me clavaba los ojos verdes y me arropaba en su sonrisa enigmática. Sus manos acariciaban la lana de la alfombra, unas manos finas, largas, con las uñas muy cortas. Kérourédan tenía la cabeza gacha y los brazos cruzados. Gianni acabó de leer y un silencio cayó sobre nosotros como si

los otros dos quisieran seguir captando el eco de esa voz y quizá, a través de ella, la voz del doctor Bode.

—Dígame si en el texto que mecanografió hubo algo que le pareciera oscuro —me preguntó Geneviève Peraud.

Había tanta solicitud hacia mí en su voz que esa pregunta me intimidó aún más. Tenía que dar con una respuesta a toda costa. Acabé por balbucir:

—No entendí muy bien lo de «la clave de octava».

Los otros dos se habían vuelto hacia mí y me miraban bondadosamente. Kérourédan rebuscaba en la cartera y sacaba el texto que había escrito yo para comprobar qué ponía de «la clave de octava».

—Es muy sencillo… Se lo voy a explicar…

Y los ojos verdes de Geneviève Peraud me hipnotizaban poco a poco. Ya no la escuchaba, miraba el movimiento de los labios, los dedos que acariciaban maquinalmente la lana de la alfombra. No oía sino una palabra que decía con frecuencia: Armonía.

Dejó de hablar y yo asentí con la cabeza.

—Eso es… Ya lo sabe usted casi todo acerca de la clave de octava —me dijo Gianni—. ¿Más preguntas?

—Creo que por esta noche es suficiente —dio Geneviève Peraud.

Se levantó con un movimiento flexible y salió de la habitación. Los otros dos seguían sentados con las piernas cruzadas. Y yo no me atrevía a moverme.

—¿Y qué? ¿Está contenta de nuestra primera reunión? —me preguntó Kérourédan.

El otro hojeaba las páginas que había mecanografiado.

—Ha hecho un buen trabajo. Creo que se va a convertir en la secretaria de los grupos.

—En mucho más que la secretaria —dijo Kérourédan.

Encendió un Gauloises. Me extrañó que se pudiera fumar durante las reuniones. Me había imaginado todo un ceremonial.

Geneviève Peraud volvió al salón. Llevaba una bandeja que dejó encima de la alfombra, entre todos nosotros. Llenó a medias las cuatro tazas. Té de hierbabuena, pero con un sabor particular que yo no conocía, como si hubiera añadido algo en secreto.

Bebían despacio, sin hablar. Yo miraba a mi alrededor. A la izquierda del escritorio, las baldas de la estantería ocupaban toda una esquina de la habitación. Libros con encuadernaciones antiguas. Delante de la parte baja de la estantería, un sofá tapizado de terciopelo gris. Una bombilla con pantalla roja fijada en una de las baldas proyectaba sobre el sofá una luz muy fuerte. Pensé que Geneviève Peraud debía de echarse allí para leer. Y quizá también el doctor Bode cuando estaba en París.

Se levantaron. Michel Kérourédan y Gianni le dieron la mano a Geneviève Peraud de forma un tanto ceremoniosa diciéndole que asistirían a la reunión del viernes por la noche. Yo me disponía a despedirme e irme con ellos, pero Geneviève Peraud me hizo una seña para que me quedase.

Michel Kérourédan me dijo adiós, hasta el viernes o quizá antes, en el café. Ya estaba estrechando contra sí la abultada cartera marrón. Ella los acompañó hasta la puerta de la calle. Yo esperaba de pie, sola, en el centro de la habitación. La puerta se cerró de golpe. Geneviève Peraud estaba otra vez a mi lado, arropándome con su sonrisa y sus ojos verdes.

—Relájese, hijita… Tiene una cara tan triste… Échese en el sofá…

Nunca había oído una voz tan sosegadora. Me eché en el sofá. Ella se sentó detrás del escritorio.

—No se resista… Cierre los ojos…

La oía abrir un cajón, volver a cerrarlo. Luego se acercó para apagar la bombilla de la estantería. Ahora estábamos en una semipenumbra y ella estaba sentada a mi lado en el sofá. Me daba masaje suavemente en la frente, en la parte de arriba de las cejas, los párpados, las sienes. Me daba miedo dormirme y contarle en el sueño lo que llevaba tanto tiempo guardándome: René, el perro, la foto perdida, los mataderos, el ruido de los cascos que te despierta muy temprano por la mañana. Y de repente me encontraba en un sofá, en el número 7 de la calle de Dombasle. No era una casualidad. Si quería saber más de la vida, de sus luces y de sus sombras —como decía el doctor Bode— tendría que quedarme una temporada más en el barrio.